

opere redemptionis humanae; quare, decreta Redemptione per Filium Dei, decreta quoque erat *Adiutrix et Corredemptrix illius* (75).

Por eso, toda la gracia de María es formalmente soteriológica, aunque no tenga efecto personal en Ella específicamente «redentivo»; sino por proyectarla a la redención del género humano. NIEREMBERG cita textualmente la doctrina de SALAZAR en los pasos arriba recogidos por nosotros (76). Esta predestinación a la corredención o redención *activa* comporta en sí misma la abundancia y «dignidad» de su redención *pasiva*, cuyo modo debe superar al nuestro común, haciéndose sin pecado. También sigue siendo SALAZAR la fuente del ilustre escritor jesuíta (77).

Son estos presupuestos los que deben dirimir la clásica objeción, razona NIEREMBERG. La gracia soteriológica de María fué propiamente *personal* e intrínsecamente *satisfactoria*. Necesariamente debe ser *satisfactoria*, desde el momento en que se le otorga en una función *activa*: «*Gratia Virgini data necessario debet esse Redemptionis, et nixa fundataque in satisfactione infinita. Nam eius electio ad illam fuit ut esset medium Redemptionis humanae, et cooperatrix atque corredemptrix cum Christo*» (78). Se dirá que, negando a María cualquier ordenación al pecado en Adán, siempre le faltará un efecto *satisfactorio personal*: «*quamvis sanctificatio Matris Dei, ut medium Redemptionis requireret gratiam Redemptoris supponentis satisfactionem infinitam, hoc non esset satis ut diceretur redempta in sua persona; licet fuisset particeps gratiae Redemptoris. Quoniam ex suppositione debiti non peccavit in Adam, nec mortua in illo fuit*». Fácilmente se advierte cómo los términos—y la mente—de la objeción revierten a los presupuestos cerrados del concepto de redención *pasiva* tipificado. Por ello, NIEREMBERG concede, muy bien, la lógica de la objeción en el supuesto concreto del modo de redención *liberativa*. Pero Cristo—apostilla—tiene otra eficiencia singular para su Madre, no «*per regenerationem communem, quae est revivificatio et transitio a morte culpae contractae ad vitam gratiae restitutae, sed per alium privilegiatum modum vivificationis et excellentissimam sanctificationem*» Nueva Eva, recibe la gracia del Nuevo Adán, en plenitud de transmisión; y por ello, está más que nadie dentro de su esfera de regeneración del universo:

«*Cum eo fine fuisset B. Virgo redempta per praeservationem etiam a debito, ut esset medium et instrumentum Redemptionis generis humani mortui per peccatum, ut digna Redemptoris Mater. Quare gratia eius intra spheram gratiae redemptoris infinite satisfactoriae concluditur*» (79).

(75) E. NIEREMBERG, S. I., o. cit., P. 1, § 2, p. 449 a-451 b.

(76) *Ibid.*, P. 2, p. 474-475 a. Cfr. los textos de SALAZAR, en nota 67.

(77) «*Nec mirum, cum Sancti Patres attribuerint privilegiam singularitatem Virginis in redemptione passiva: quae enim consors fuit cum Christo, si eidem tribuant singulare aliquod privilegium in redemptione passiva: quae enim consors fuit cum Christo ad redimendum genus humanum, si experimentum aliquod, ibid., p. 481 a-482 a. Y, al fin de la página 481 y principio de la siguiente: Quare non mirum, si Christus, perfectus et totalis hominum redemptor, diverso modo se habuerit erga Matrem suam ac circa caeteros Adae filios. Nam ut esset humani generis Redemptor, non erat necesse quine sanctificaretur, eiusque gratia esset gratia redemptionis, cum ipsa persona Deiparae spectet ad epe potuit Deus illam praeservare a debito et excludere a peccato. Ratio enim principii et adiutorii diversa est a ratione effectuum consequentium.*»

(78) *Ibid.*, Prothema, § 4, p. 437 a. La temática es constante. Solamente unas líneas más abajo, se repite como en fórmula estudiada, literalmente.

(79) *Ibid.*, p. 437 a-439.

Los escritores eclesiásticos del siglo XII sobre la Corredención

Por el R. P. Ignacio Ruidor, S. I.

INTRODUCCION

DILLENCHNEIDER escribía en 1949: «La doctrina soteriológica de la Virgen es una doctrina que ha evolucionado. Por esto es natural que en el correr de los tiempos se acuse un progreso en la inteligencia de este misterio mariano. Los textos más antiguos no tendrán, por consiguiente, la precisión con la que formulamos hoy día esta prerrogativa de Nuestra Señora... Rechazar todos los testimonios que no responden al último estadio de esta progresión, sería no haber comprendido nada del lento caminar de la evolución dogmática». (1).

Esta atinada observación del gran mariólogo redentorista nos servirá de criterio para juzgar imparcialmente el período que va ser objeto del presente estudio y para no caer en ninguno de los dos extremos igualmente equivocados: el querer ver expresada con toda claridad la corredención mariana en algunas afirmaciones que en el siglo XII no tenían el alcance que les daríamos hoy; o, por el contrario, el querer rechazar todo valor probativo a textos que, sin expresarla abiertamente, contienen, no obstante, en germen las ideas fundamentales de esta verdad.

El misterio de la corredención es tan complejo, contiene tan múltiples facetas, que un estudio demasiado simplista sería necesariamente superficial y expuesto a muchas arbitrariedades. Para evitar caer en este defecto nos ha parecido indispensable proceder gradualmente, aun a costa de alguna monotonía, en la exposición de los textos de esta época. Creemos abarcar todos sus aspectos, si estudiamos estos tres puntos fundamentales: la antítesis Eva-María, el valor corredentivo del consentimiento de Nuestra Señora en la Encarnación, María Corredentora junto a la Cruz del Salvador. Después de exponer los textos más característicos de los escritores

(1) DILLENCHNEIDER, C. SS. R., *Pour une corédemption mariale bien comprise*, Marianum, 11 (1949) p. 155-156.

eclesiásticos de la primera mitad del s. XII (2) en cada uno de estos puntos, discutiremos con la mayor objetividad posible, al final de cada capítulo, el valor de los mismos. Y, finalmente, sintetizaremos todos estos resultados parciales en el capítulo IV, para deducir el valor que puedan tener en orden a corroborar alguna de las soluciones aportadas a este problema por los mariólogos en la actualidad. Más en concreto: si dicha doctrina parece más favorable a una cooperación sólo mediata de la Virgen a la obra redentora; o a una cooperación inmediata, pero únicamente en el orden de la aceptación de la redención por parte de María en nombre de toda la humanidad, como viene propugnada últimamente por Kösters y Semmelroth entre otros (3); o bien a una verdadera y formal cooperación inmediata a la redención.

I

ANTITESIS EVA-MARIA

«La forma más antigua, bajo la que aparece la doctrina de la intervención de María en la obra de la salvación de la humanidad, es el paralelismo entre Eva y María.» Esta afirmación de LEBON (4), expresada en términos tan generales, podría ser suscrita por todos los mariólogos sin excepción. Ya no encontraríamos la misma unanimidad si intentáramos precisar qué clase de intervención sea la que expresan por este paralelismo los primeros Padres a partir de S. Ireneo (5). Muchos autores que admiten la corredención mariana ponen con bastantes salvedades el argumento patrístico sacado del paralelismo antitético Eva=María. «Salvo meliori iudicio — dice CAROL — ad solidam demonstrationem doctrinae de inmediata Virginis Beatissimae cooperatione ad obiectivum redemptionis nostrae opus, non sufficiunt testimonia Patrum ab auctoribus hucusque prolata» (6). Lo mismo dice DILLENCHNEIDER: «La idea que la Madre de Dios es la «Socia Christi» en toda la economía de la salvación, que es como Esposa del Verbo el «Adiutorium simile sibi» del nuevo Adán para la generación de los hijos de Dios, es una adquisición doctrinal posterior a la edad patrística» (7).

Esta adquisición posterior, ¿se realiza ya en el s. XII? Vamos a exponer

(2) Comprendemos bajo esta denominación, según hemos hecho en otros escritos de la misma materia — *María, Mediadora y Madre del Cristo místico*, Est.Ec., 25 (1951) p. 181-218; *Mediación de María en la distribución de las gracias*, Est.Mar., 12 (1952) p. 301-318; *Asunción corporal*, Est.Ec., 25 (1951) p. 848-860; *Concepción Inmaculada*, Est.Ec., 28 (1954) p. 445-472 —, aquellos escritores eclesiásticos cuya actividad literaria en el campo de la Mariología se desarrolló en la primera mitad de siglo, aun- que su muerte hubiese acaecido bastante más tarde; en cambio, excluimos a San Anselmo, por ser su actividad literaria a fines del siglo anterior.

(3) Cfr. DILLENCHNEIDER, *Le mystère de la corédemption mariale*, Théories Nouvelles (Paris, 1955). Sustancialmente había dicho antes el P. Bover: uno de los títulos que más claramente contiene la mediación universal es el de segunda Eva; Bover, *La mediación universal de la segunda Eva en la Tradición Patrística*, Est.Ec., 2 (1923) p. 321.

(4) Sobre este tema nos da abundante bibliografía CAROL, *De corredemptione Beatae Virginis Mariae, disquisitio positiva* (Cittá Vaticano, 1950) notas a las p. 131-132.

(5) Ob. cit., p. 150.

(6) DILLENCHNEIDER, *Marie au service de notre rédemption* (Haguenau, 1947) p. 288.

los textos principales de esta época sobre la antítesis Eva=María, para que al final podamos emitir nuestro juicio.

En los albores del s. XII el Obispo de Segni, SAN BRUNO, hace resaltar los papeles opuestos de Eva y María en la economía de nuestra salud, cuando comentando la genealogía de Cristo dice:

«La primera cabeza de esta línea es Adán, la segunda Cristo. Esta línea comienza por Eva y acaba por María. En el principio está la muerte, en el fin la vida. La muerte vino por Eva, la vida fué devuelta por María. Aquella fué vencida por el demonio. Esta ató y venció al demonio... En Esta se ató y encarnó aquel «Anzuelo», por el cual fué cogido Leviatán, serpiente antigua que es el demonio y Satanás; para que fuese expulsado por una mujer, el que entró en el Reino por una mujer; y el que engañó a una mujer fuese burlado y atado por esta mujer. Considera la potencia de Dios, que domó tan gran soberbia (del demonio) mediante la humildad de una Virgen. No envió para vencerla, a las celestes potestades; mandó a una de sus esclavas, para que por su «Anzuelo», Leviatán fuese cogido; para que con su humildad fuese burlado como un pájaro (8).

Este pasaje es uno de los que más claramente muestra la intervención de María en la salvación del género humano, pues expresa una asociación muy íntima entre Adán y Eva por una parte y Jesús y María por otra. En paralelismo perfecto llama a María hacedora de la vida como había llamado a Eva hacedora de la muerte. Insiste en el paralelismo al afirmar que, como el reino de Satán entró por una mujer, así pereció este mismo reino por otra mujer. En fin, a María y a su humildad atribuye la victoria.

Sin duda podemos aplicar a este pasaje parte de lo que dice Lebon sobre el texto de S. Ireneo que evidentemente inspiró estas líneas de Bruno de Asti (9): Así como Adán y Eva forman un principio total en que está la muerte, así en Cristo y María está también la vida como en un principio total. La victoria sobre el demonio se atribuye ora a María, ora a su Hijo, a aquel «Anzuelo» — haciendo una aplicación de un texto de la Escritura (10) que hoy no alabáramos como del mejor gusto — por el que fué cogido Leviatán o sea el demonio. Además, la acción de María, como la de Eva, parece inmediata, por lo menos en la afirmación que «el demonio fué expulsado del reino por una mujer, que fué atado por esta única mujer».

Los textos de IVO DE CHARTRES (11), BERENGOSO (12) y EADMERO (13) siguen en todo la línea patrística en el paralelismo Eva=María sin modalidad nueva digna de mención.

Mucha mayor importancia tiene el siguiente texto de OSBERTO DE CLARA:

«Así como a Dios le fué posible de la costilla de Adán dar al varón una cooperadora (adiutorium) en la primera madre formada sin pecado, así creemos que no le fué imposible santificar a la bienaventurada Virgen María de entre la masa de prevaricación de Adán, sin contagio de pecado,

(8) *Sent.*, L. 2, c. 5; ML., 165, 916 C.

(9) LEBON, a. cit., p. 142.

(10) *Iob* 40, 20.

(11) *Serm.* 8 *Nat. Domini*; ML., 162, 571 A.

(12) *Lib. de Mysterio ligni dominici*; ML., 160, 988 B.

(13) *De excel. V. Mariae*, c. 3; ML., 159, 562 B; *De Conceptione S. Mariae* (editio critica, edita a PP. Thurston et Slater, S. I., Friburgi, 1904, n. 16-17); ML., 159, 307 D-308 B.

en la misma concepción; ya que con ella había de dar al género humano una cooperadora (adiutorium), predestinada antes de los tiempos, en la resurrección de la muerte a la vida» (14).

En este texto aparece ya María como el «adiutorium» de Cristo, «predestinada antes de los tiempos de la resurrección de la muerte a la vida»; y precisamente al intentar probar cómo Dios pudo haber hecho a María inmaculada en el primer instante de su concepción — recuérdese que Osberto de Clara es uno de los primeros propugnadores explícitos de este privilegio de María (15) —, establece un paralelismo de muchísimo valor para la doctrina de la corredención. Como Dios concedió a Adán un «adiutorium» en la primera madre formada sin pecado [se entiende en orden a la generación natural de los hombres], así pudo darle un «adiutorium» en la resurrección de la muerte a la vida [o sea en la redención de los hombres]. Parece lógico deducir: la primera madre, Eva, sin duda tiene una intervención formal e inmediata en la generación natural de los hombres, luego también la segunda madre, María, en la redención.

RUPERTO DE DEUTZ tiene especial importancia en este punto. Los papeles opuestos de Eva y María como mediadoras, los expresa con estas modalidades: por Eva la tristeza, por María la alegría; por Eva la muerte, por María la vida; por Eva la derrota, por María la victoria.

Primero: Tristeza-Alegría. — «Ya desde ahora, nosotros [Isabel y Juan], y los que vendrán después de nosotros «exultaremos y nos alegraremos en ti» (Cant., 1, 3); y cantaremos diciendo que Eva nos hizo llorar, María nos hizo saltar de alegría porque lo que Eva, triste nos quitó, Tú lo devuelves por el fruto de tu santo seno» (16).

Segundo: Muerte-Vida. — «Fruto malo, mal bocado aquel por el que Adán, por medio de Eva, perdió la vida y encontró la muerte; fruto bueno aquel en el que el género humano, por María, perdió la muerte y halló la vida. Este es su fruto. Pues, ¿para qué vino, para qué creció entre los árboles de la selva, sino para producir este fruto por el que tenía que desaparecer el reato de la primera prevaricación?» (17).

Tercero: Derrota-Victoria. — «Cuando Dios dice «pondré enemistades entre ti y la mujer», sin duda promete una gran obra de su gracia, que la mujer, ahora vencida por fraude, vencerá después por su fortaleza al diablo vencedor. Y estas enemistades no se han de hacer ni lleva hasta la victoria por la misma mujer, sino por su descendencia. Por esto cuando dijo: «pondré enemistades entre ti y la mujer», en seguida añade: «y tu descendencia y la suya». Pues ¿de qué descendencia se dicen estas cosas sino de uno solo que es Cristo?... Ciertísimamente, pues, se promete aquí la Descendencia de aquella Mujer, que es Cristo, por el cual el mismo sexo que fué engañado aplastó la cabeza del engañador, cuando para la destrucción del pecado la Bienaventurada Virgen, sin pecado, dió a luz a este Hombre nuevo y celestial» (18).

En estos tres textos aparece ciertamente una íntima asociación de María a la obra redentora, que corresponde a la asociación de Eva al primer

pecado: Dice expresamente Ruperto que «el mismo sexo que fué engañado aplastó la cabeza del engañador»; hay que notar, sin embargo, que, siguiendo en esto las huellas de los santos Padres, pone esta victoria en su maternidad soteriológica.

Especialmente bello y de gran interés para nuestro estudio es el siguiente pasaje del mismo autor:

«Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y en todas las cosas opuesta a Eva: Eva enemiga por la soberbia, con la que se hinchó su alma, víbora por la malicia..., ignominiosa por el ardor de la concupiscencia... Pero Tú, «amiga mía», por la humildad; «paloma mía», por la caridad; «hermosa mía», por la castidad... Ven, pues, oh María, ven; porque Eva ha huído a la oscuridad. Ven y cree al ángel que te evangeliza, puesto que Eva creyó a la serpiente que le susurraba palabras falaces. Ven y aplasta la cabeza de la serpiente, puesto que Eva fué seducida por su cabeza, se deleitó con su cuerpo y fué hecha prisionera por su cola. Ven y di: «he aquí la esclava del señor» (Luc., 1), pues Eva al esconderse y quererse defender, «la serpiente — dijo — me engañó y comió»: Esta es la voz de mi amado y esto me habla: «levántate, apresúrate y ven» levántate por la fe, apresúrate por la esperanza y ven por la caridad» (19).

Precioso contraste entre los vicios de Eva y las virtudes de María, que continúa todavía y aplica ahora más en concreto a la condenación y redención del género humano al comentar el versículo siguiente «iam hiems transiit», etc.: (20).

«El equinoccio de primavera ha pasado ya, y estamos en plena festividad pascual... Porque por esto que se te dice, por esto que se trata contigo [oh María], ha pasado ya, esto es ciertísimamente, pasará el invierno del pecado... El invierno vino de que Eva pudiendo se escondió de la presencia de Dios... Tal invierno se marchó ya y desapareció, esto es, ciertísimamente se marchará y desaparecerá por mí [habla Cristo]. Fruto de tu vientre» (21).

Prescindiendo ahora de la alusión al Consentimiento, del que nos ocuparemos en el capítulo siguiente, podemos resumir este pasaje en tres ideas principales:

1.º A los vicios en que incurrió Eva en el acto del primer pecado, corresponden otras tantas virtudes contrarias de María en la Encarnación.

2.º La serpiente aprisiona a Eva; María en cambio aplasta su cabeza, esto es, triunfa del demonio.

3.º El pecado de Eva influyó realmente en las calamidades que azotan el mundo; María influye en su salvación por el fruto de su seno:

Que en estas ideas aparezca una mediación peculiar de María en la obra de la Redención, de un género esencialmente distinto a la de cualquier otra criatura y una «recirculación», como suele decirse modernamente, o sea, un proceso en la redención de orden inverso al que se había tenido en el pecado y en el que al papel de Eva corresponde el de María,

(14) *Epist. ad Anselmum*, Append. A, en la obra citada de Thurston-Slater, p. 56-57.

(15) Cfr. RUIDOR, *La Concepción Inmaculada de María en la primera mitad del siglo XII*, *Est. Ecl.*, 28 (1954) p. 467-468.

(16) *Comm. in Cant.*, L. 1; ML., 168, 845 A.

(17) *Id.*, col. 860 D.

(18) *De Trinitate et operibus eius. In Genesim*, L. 3, c. 19; ML., 167, 304 D-305 A.

(19) *Comm. in Cant.*, L. 1; ML., 168, 854 D.

(20) *Cant.*, 1, 12.

(21) *Comm. in Cant.*, L. 1; ML., 168, 867 B-868 A.

no puede ponerse en duda. Un ulterior razonamiento teológico — que seguramente no vislumbró todavía Ruperto — podrá deducir de estas premisas el valor soteriológico de dicha «recirculación». Y esto ya es bastante para poder colocar a Ruperto entre los autores que implícitamente por lo menos admiten la doctrina de la Corredención mariana: Otro texto, el más conocido, sobre María en el Calvario, y que estudiaremos en el capítulo tercero, nos confirmará plenamente esta primera impresión que puede sacarse de la antítesis Eva=María en los escritos de Ruperto de Deutz.

PEDRO ABELARDO comienza su primer sermón sobre la Anunciación, estableciendo una oposición entre el primero y el segundo Adán: el primero no nacido de mujer, el segundo en cambio,

«Decretó tomar de mujer la forma de nuestro sexo, para que en los dos sexos estuviere [consisteret] la gracia, como en los dos había precedido la culpa; y las mismas naturalezas por las que fué infligida la herida, trajeran la medicina de la curación; y de donde procedió la herida, de allí también se hiciera admirablemente el remedio» (22).

En este texto aparece claramente la asociación de María en la Redención, como lo había estado Eva en el pecado. Sin embargo, la frase: «in doubus sexibus gratia consisteret», que arrancado del contexto podría parecer un testimonio de gran eficacia en favor de la Corredención inmediata, pierde valor si se considera en el conjunto, ya que poco después añade: «por estos cuatro fuimos condenados: el árbol prohibido, la serpiente tentadora, Eva seducida, Adán engañado. Por otros tantos fuimos redimidos» (23). Es claro que el ángel, por ejemplo, no puede decirse que nos redimió, sino en un sentido muy acomodado e impropio. Véase cómo el mismo Abelardo nos explica el modo de actuar de estos cuatro factores:

«Mientras María creyó al ángel que le fué enviado, como Eva consintió al demonio, el nuevo Adán nos redimió en el leño de la Cruz y desde este leño reparó los daños del primer árbol y curó el gusto mortal de la fruta de perdición como con un medicamento, cuando tomó aquellos frutos del árbol de la Cruz, de los cuales El mismo dijo: «Subiré a la palma y tomaré sus frutos» (Can., VII, 8). Pues, ¿qué significa la palma, señal de victoria, sino la cruz del Señor, por la cual El mismo triunfó del demonio y obrando en ella nuestra Redención consumó aquello que pertenece a nuestra salvación?» (24).

En este lugar se afirma explícitamente la «recirculación» de María respecto de Eva e implícitamente la del nuevo Adán. Cristo, con relación al primero; aunque en dos planos diversos: la de María en la Encarnación, la de Cristo en la Cruz. Quizá a este texto pueda aplicarse lo que afirma Riviére a propósito del célebre pasaje de San Ireneo (25). «No hay duda que para Ireneo [podemos nosotros decir aquí para Abelardo] hay una

(22) Serm. 1 Anunci.; ML., 178, 380D-381 A.

(23) Serm. 26 in Assumpt.; ML., 178, 545 D.

(24) Id. id., col. 545 D-546 B.

(25) «[Eva] inobediens facta, et sibi et universo generi humano causa facta est mortis; sic et Maria... obediens et sibi, et universo generi humano, causa facta est salutis... Sic autem et Evae inobedientiae nodus solutionem accepit per obedientiam Mariae. Quod enim alligavit virgo Eva per incredulitatem hoc Virgo Maria solvit per fidem. Contra Haer. 3, 22; MG., 7, 968.

«recirculatio a Maria in Evam» lo mismo que la misión de Cristo es una «Adae recapitulatio». Pero..., la obediencia de Cristo, en contraposición a la desobediencia de Adán mira a la libre aceptación de la Cruz, es decir, del misterio generador de la salud, mientras que la obediencia de María que se contrapone a la desobediencia de Eva, lleva su consentimiento al mensaje del ángel» (26). Y entre ambas recirculaciones, podemos añadir todavía, pone el mismo Abelardo una diferencia esencial: Cristo en la cruz triunfó del demonio y «consumó aquello que pertenece a nuestra salvación. Por lo cual al expirar dijo «consummatum est» (Ioann., XIX, 30), esto es; está completa la medicina de la salud humana». Y a continuación nos habla de la parte de María y la pone en el orden de la Redención subjetiva: «poque nosotros no podemos de ninguna manera obtener esto por nuestros méritos, nos lo impetra la misma Madre de Dios, para que El nos traiga la medicina. De donde — termina diciendo — se llama propiamente el solo Salvador». Pero a pesar de todo esto, juzgamos este pasaje de gran importancia para la Corredención mariana. Su valor lo consideraremos en el capítulo siguiente.

Nada nuevo añaden las expresiones de FRANCO, Abad de Afflighem, en Brabante: «Si la culpa por Eva, también la justicia por María; si la pena del pecado por Eva, el perdón del pecado por María; si la antigua maldición por Eva, la nueva bendición por María; en fin, si la muerte por Eva, la vida por María» (27):.

HERMANN de Tournai, en cambio, establece en el último capítulo de su tratado sobre la Encarnación, un paralelo entre Eva y María, que es necesario considerar con alguna mayor detención.

Había dicho al final del capítulo anterior: «Pero porque de la Encarnación y Pasión de Cristo ya han sido dichas muchas cosas y es ya tiempo de terminar discurso tan prolijo, volvamos de nuevo los ojos a nuestra Señora, Madre de Misericordia. Y ya que por su bendito fruto hemos sido salvados, terminemos hablando de Ella».

Y enseguida comienza el capítulo II con estas palabras:

«Pues en verdad es Madre aquella de la que se dice: «Y llamó Adán el nombre de su mujer Eva, porque era madre de todos los vivientes» (Gen., III, 20). Pues aquella Eva se llama más bien madre de los que mueren, porque por su culpa incurrimos todos en la sentencia de muerte; pero ésta es madre de los que viven, porque por Ella recibimos todos la vida perdida».

Hasta aquí la misma idea, aunque expresada quizá con más energía, que ya hemos encontrado otras veces; pero ahora da Hermann un paso más y aplica también a la bina Eva=María las palabras que San Pablo dice de Adán=Cristo:

«Pues siguiendo al Apóstol que dice: «como en Adán todos mueren, así en Cristo todos son vivificados» (I. Cor., XV, 22), también nosotros podemos decir de su gloriosa Madre, como por Eva todos morimos, así

(26) RIVIERE, *Questions Mariiales d'actualité*, RevScRel., 12 (1932) p. 98 ss.

(27) *De gratia Dei*, L. 6; ML., 166, 745 C-D.

por la Virgen María todos somos vivificados. Pues la puerta del paraíso fué cerrada por Eva para todos y por la Virgen María fué de nuevo abierta».

A continuación aplica otro texto de la Sagrada Escritura a la Santísima Virgen; es el famoso: «faciamus ei adiutorium simile sibi» (*Gen.*, II, 18):

[1] «Aunque todas las cosas había creado Dios, con todo no había engendrado ningún hijo de modo que lo debía hacer después. Pero el decir «faciamus ei adiutorium simile sibi» asoció nuestra carne como a su Unigénito en el seno de la Bienaventurada Virgen como en un tálamo; y desde entonces, apartada toda esterilidad, comenzó Dios a engendrar hijos. [2] Mira, pues, con cuanta razón se entiende como dicho de nuestra Señora el «faciamus ei adiutorium simile sibi», pues Dios es Padre de las cosas creadas de nuevo (*recreatarum*). Dios, que creó de la nada todas las cosas, no quiso, una vez corrompidas, repararlas sin María. Dios creó todas las cosas y María engendró a Dios; y porque engendró al Hijo de Dios, María fué hecha ciertamente esposa de Dios. Pero no engendró sólo a Dios, María, sino que después de Él y por Él engendró muchos hijos para Dios» (28).

Distingamos las dos partes de este pasaje, que hemos señalado con [1] y [2]. La primera parte es la explicación de por qué puede aplicarse a María el texto «faciamus ei adiutorium simile sibi». Nótese ante todo que en la aplicación que hace Hermann aparece María asociada a Cristo, indirectamente, en cuanto la carne que comunica a Cristo es su propia carne. En [2] aparece en cambio María como esposa de Dios Padre. Una vez Dios, por medio de María y en su mismo seno ha creado a aquél, en comparación del cual «todo lo demás de la creación es como nada», comienza Dios a engendrar nuevos hijos: Quiénes son estos hijos, nos lo dice con las palabras de San Juan: «quotquot receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri» (*Ioann.*, I, 17).

La segunda parte es una conclusión de la primera, que confirma repitiendo casi a la letra un texto de San Anselmo (29). Hermann, discípulo fiel del Santo Doctor, que en el prólogo de este tratado nos avisa que «nada había puesto él de suyo, sino lo que había leído en los Santos Doctores y sobre todo en el libro del señor Anselmo de Cantorbery, Arzobispo» (30), no pretende, sin duda, dar a sus palabras otro sentido que el de su Maestro. ¿Cuál es éste? ROGERO T. JONES, en su disertación doctoral «Sancti Anselmi Mariologia», ve en ellas un claro sentido corredencionista (31). DILLENCHNEIDER, a pesar de defender la corredención inmediata, niega que ésta se halle en las palabras citadas ni en otras algunas de San Anselmo (32). Una cooperación a la redención por su maternidad parece más conforme con el contexto de Hermann, pues a continuación de las palabras: «Deus qui de nihilo creavit omnia, noluit ea corrupta reparare sine Maria», añade: «Deus omnia creavit et Maria Deum generavit

(28) *Tract. de Incarn.*, C. 11; ML., 180, 36-37.

(29) *Oratio* 52; ML., 158, 956 B.

(30) *Tract. de Incarn.*, Praefatio; ML., 180, 11 A.

(31) *Sancti Anselmi Mariologia*, Mundelein (Illinois, 1937) p. 69.

(32) DILLENCHNEIDER, ob. cit., p. 257. En la nota aduce el testimonio de AUBRON, GAUDEL y CHEXU en el mismo sentido.

et quia Dei Filium genuit Maria, sponsa utique Dei facta est Maria».

Citemos todavía otro pasaje, en el que al binomio Adán=Eva corresponde, no Cristo=María, sino Cristo=Iglesia: «De Adán y Eva nacemos todos según la carne; de Cristo y la Iglesia renacemos todos espiritualmente» (33).

Es clara la diferencia esencial de lo que debemos en nuestra regeneración a Cristo y a la Iglesia: a Cristo la Redención objetiva, a la Iglesia la aplicación de esta redención objetiva por los Sacramentos. Sin embargo, Hermann no hace ninguna distinción explícita: parece colocar en el mismo plano a Cristo y a la Iglesia en perfecta correspondencia a Adán y Eva, a los cuales enteramente por igual debemos el nacimiento según la carne.

Recordemos, finalmente, que al aplicar el texto del *auditorium simile* a María, nos ha añadido Hermann que «por María se puede aplicar también a la Santa Iglesia» y así podemos concluir que, reconciliando el gran vigor que tienen algunas de sus expresiones para indicar una acción inmediata en nuestra salud como aquélla: «después de él [Cristo], y con él [...] principio de asociación] engendró [acción inmediata] muchos hijos para Dios», todavía otras maneras de hablar, como las que acabamos de ver, quitan algo de fuerza a estas expresiones. Pero esto no es ciertamente un obstáculo para que consideremos a Hermann como a un autor que ha dado un paso adelante muy definido en la expresión de la corredención mariana, sin las precisiones de hoy, que sería absurdo querer exigir en un autor del siglo XII.

Ninguna modalidad especial presentan HONORIO DE AUTUN (34), ni GODOFREDO DE ADMONT (35), sobre el tema Eva=María.

Los principales pasajes de SAN BERNARDO sobre este tema son muy conocidos y repetidos, lo mismo en los libros que tratan de su doctrina mariana (36), como en los estudios particulares de artículos sobre la Mediación o Corredención de María (37). De los nueve textos en que explana la antítesis Eva=María (38), nos limitaremos a considerar el que a nuestro juicio, tiene más importancia:

(33) *Tract. de Incarn.*, C. 9; ML., 180, 33 C.

(34) *Sigillum B. Mariae*, C. 8; ML., 172, 517 B. *Elucidarium*, L. 1; ML., 172, 1122 D-1123 A. *Speculum Ecclesiae*; ML., 172, 903 B.

(35) *Hom. 76 In Nat. Virginis*, 3; ML., 174, 1010 C-D; *Hom. 27 In Annunt.*, 174, 752 A; *Hom. 21, In Septuag.*, 2; ML., 174, 139 D-140 A.

(36) NOGUES, *Mariologie de S. Bernard* (Paris, 1935), p. 109-116. RAUGEL, *La doctrine Mariale de S. Bernard* (1935) p. 133-135. AUBRON, *La Mariologie de S. Bernard*, no hace más que una ligera alusión a este tema (*Rech. Sc. Relig.*, 24 (1934) p. 571).

(37) Por ejemplo, BOVER, *La mediación universal de la segunda Eva*, *Est. Ec.*, 2 (1923) p. 384. CAROL, *Doctrina de B. Virginis Corredentrice ab ortu usque ad prolapsus aetatis scholasticorum*, Misc. Franc., 41 (1941) p. 250-251.

(38) *Primer pasaje*: *Hom. 2* «Super missus est», n. 3 y 4; ML., 183, 62-63. En este pasaje se encuentran aquellas célebres frases: «Curre Eva ad Mariam; curre mater ad filiam; filia pro matre respondeat; ipsa matris opprobrium auferat, ipsa Patri pro matre satisfaciatur, acoera de las cuales, CAROL, en el artículo antes citado dice: «S. Bernardus primus omnium, ut videtur, de satisfactione redemptiva Virginis magis explicito locutus est.» (A. cit., p. 251.) Lo mismo repite ROSCHINI, *Mariologia*, ed. 1947, Romae, tom 2, pars prima, p. 313. El mismo CAROL, al no poner en el libro que escribió en 1950 de *Corredemptione Beatae Virginis Mariae disquisitionis positiva* este texto entre los testimonios a favor de la corredención, parece indicar que modificó su parecer sobre el valor probativo de este pasaje. Parece más conforme el sentido que le da DENEFFE: «Ut mihi saltem videtur, non loquitur ibi directe de satisfactione, quae est iniuria personalis reparatio, sed de ea quae est excoatio, defensio, responsio, apologia.» De María in ipso opere redemptionis cooperatione, Greg., 8 (1927) p. 5-6. *Segundo pasaje*: En la misma homilía, n. 13. ML., 183, 67 D. En él se contiene claramente expresado el principio de recirculación, pues hablando de este paralelismo Eva=María: «Placuit ei — dice — eo potius et modo et ordine hominem reconciliare, quo noverat cecidisse.» *Tercer pasaje*. *Serm. 4 in Vig. Nat. Domini*; ML., 183, 101 C-D

«Un hombre y una mujer — así comienza el celeberrimo Sermón llamado «De las doce estrellas» —, nos perjudicaron grandemente; pero ¡gracias sean dadas a Dios que por un hombre y una mujer todas las cosas son restauradas y no sin gran ventaja de gracias! Pues no fué el don como había sido el delito; sino que excede sumamente al daño la magnitud del beneficio».

Resumiremos algo lo que sigue:

«Dios quiso rehacer todas las cosas más útilmente para la humanidad, formando el nuevo Adán del antiguo y transfundiendo a Eva en María. Bastaba Cristo, pero fué muy conveniente (congruebat magis), que interviniesen en nuestra reparación los dos sexos como ninguno de los dos había faltado en el pecado... Mediadora demasiado cruel fué Eva, por quien la serpiente antigua infundió en el varón el pestífero veneno; pero fiel María, que nos dió a todos, hombres y mujeres, el antídoto de la salud. Pues aquélla [fué] instrumento de seducción, ésta de propiciación; aquélla introdujo la prevaricación, ésta hizo entrar la Redención» (39).

Después declara en particular cual es el lugar que ocupa María en nuestra redención y lo encuentra en el oficio de Mediadora; y más en particular en haber sido la mediadora que dió al mundo el antídoto de la salud contra el veneno del demonio.

Ahora bien, esta metáfora de veneno y antídoto, tan familiar en San Bernardo, significa siempre el pecado (el veneno) y Jesucristo (el antídoto). Y del mismo modo habrá que entender las dos oposiciones siguientes: «ministra seductionis — ministra propitiationis; illa suggestit praevaricationem — haec ingessit redemptionem».

De un modo semejante a este pasaje, en todos los demás textos en que habla San Bernardo de la oposición entre Eva y María, deduce de este contraste la cooperación de nuestra Señora a la redención por su maternidad divino-soteriológica y los podemos resumir así: como Eva cooperó a nuestra condenación al inducir a Adán al pecado, María cooperó a nuestra salvación con su fe y su obediencia, dando al mundo el fruto bendito de su seno, que es nuestra Vida y el antídoto del pecado. Y así lo que perdimos por Eva, lo hallamos con gran ventaja por María. Tenemos, pues, que San Bernardo no se aparta en este punto de la tradición patristica; y el valor de sus testimonios en la antítesis Eva=María estará en función del valor que se de al consentimiento en la Encarnación, cosa que vamos a ver en el capítulo siguiente.

El paralelismo Eva=María tiene en el devotísimo discípulo del santo Abad de Claraval, el Beato GUERRICO, Abad de Igny, algo muy característico suyo, el aspecto de la maternidad espiritual de María.

En el primer texto que citamos a continuación se oponen la madre prevaricadora (Eva) a la madre de nuestra redención (María):

Es el de menor valor probativo. Cuarto pasaje. Serm. 2 Pent., n. 3; ML., 183, 327 C. Se refiere al mensaje que recibe María: «ut eadem via [per aurem] intraret antidotum qua venenum intraverat. Quinto texto: Serm. 2 Annum., n. 1; ML., 183, 390 B; parecido al anterior. Sexto pasaje: In dom. Infract. Assumpt., n. 1, 2; ML., 183, 429, 430. Es el más importante de todos y de él hacemos algunas consideraciones en seguida. Séptimo: En el mismo sermón, n. 4. Id. 431 C-D. Dice que María es la mujer del Génesis que aplasta las herejías. Octavo. Serm. Nat. Virg., n. 6; id. 441 A. Eva da el fruto prohibido; María nos allenta con el fruto bendito de su vientre. Nono: Serm. 52 De diversis. Id. 675 C. María es la mujer fuerte que aplasta la cabeza de la serpiente.

(39) Cfr. BOVER, *María, Mediadora Universal* (Madrid, 1946) p. 154.

«La madre de prevaricación pecó y se excusó con altanería; la madre de redención no pecó, y satisfaga humildemente; para que los hijos de los hombres, que transmiten de la madre antigua la necesidad de pecar, lleven por lo menos de la madre nueva la humildad de purificarse» (40).

En este segundo pasaje serán las madres «de vida» y «de muerte» las que se pondrán en contraste:

«Aquella Eva antigua fué llamada madre de todos los vivientes; pero en realidad fué la causa de la muerte y la engendradora de los que mueren..., y porque ella no pudo interpretar fielmente su nombre, ésta [María] cumplió el misterio; la cual, como la Iglesia de la que es modelo, es madre de todos los que renacen a la vida; puesto que es la madre de la vida, por la que viven todos; y al engendrar la Vida regeneró en cierta manera a todos los que han de vivir de esta vida» (41).

Notemos que para Guerrico María es madre de los vivientes, porque es madre de la Vida por la que viven todos, y que precisamente regenera en algún modo «quodam modo» a todos los que han de vivir al engendrar a Jesucristo: «quam [Vitam] dum ex se genuit». En resumen, el fundamento de la oposición entre Eva, madre de los que mueren, y María, madre de los que viven, está, por parte de María, en ser madre del que es la Vida.

La antítesis Eva=María puede decirse con toda verdad forma predicta de presentar la mediación de María en otro de los primeros discipulos de San Bernardo, SAN AMADEO DE LAUSANA. De las ocho homilias marianas que de él conservamos, en cuatro aparece esta oposición (42). Merecen citarse los fragmentos de la segunda y cuarta sobre este punto.

En la segunda homilía acomoda a la Virgen dos textos de San Pablo:

«Convenía — dice — que como por una mujer entró la muerte, así por una mujer entrase la vida al mundo (Rom., 5); y como en Eva todos morimos, así en María todos resucitasen (I Cor., 15). Aquélla, crédula para nuestra perdición a las palabras de la serpiente, había preparado el veneno de la muerte. Esta aplastando la cabeza de la serpiente (Gen., 3), dió a todos el antídoto de la vida, para que destruyese la muerte y reparase la vida» (43).

Este «antídoto de la vida» es, igual que en San Bernardo, Cristo; ya que todo este pasaje es la razón de la proposición anterior: «[María] une la cabeza con el cuerpo, porque junta a Cristo con la Iglesia e infunde a todos la vida que ella recibe primeramente en sí» (44).

(40) Serm. 4 De Purif., n. 1; ML., 185, 76 A.

(41) Serm. de Assumpt., n. 1; ML., 185, 188 C; algo parecido se encuentra en Serm. de Nativ. Mariae, n. 1; ML., 185, 199-200.

(42) Hom. 2; ML., 188, 1811; Hom. 4. Id. 1828 A-B; Hom. 7 id. 1398 B-C; Hom. 8 id. 1848 A.

(43) Hom. 2; id. 1811 D.

(44) Hemos traducido las expresiones: «Per feminam mors... per feminam vitam» por «una mujer»; igualmente exacto hubiera sido traducirlas por «la mujer». El P. BOVER ve en esta palabra universal «femina», con que se designa frecuentemente en la Tradición tanto a Eva como a María, uno de los fundamentos del principio mariológico de solidaridad (cfr. Bover, ob. cit., p. 150 ss.). He aquí todo este importantísimo texto de Amadeo de Lausana: «[María] caput suo connectit corpori, quia Christum coniungit Ecclesiae et vitam, quam primo loco suscipit, reliquis membris infundit. Decibat enim ut sicut per feminam mors, sic per feminam vita intraret in orbe terrarum (Rom. 5). Et sicut in Eva omnes moriebantur, ita in Maria omnes resurgerent (I Cor. 15). Illa male credula verbis serpentis, mortis venenum miscuerat. Haec conterens caput serpentis (Gen. 3) antidotum vitae cunctis ministravit, ut mortem occideret et vitam repararet.» ML., 188, 1811 D.

La cuarta homilía lleva como título: «Del parto de la Virgen o de la natividad de Jesucristo», y bajo este aspecto presenta la antítesis Eva=María; y contiene, quizá, la enumeración más larga de virtudes y efectos saludables del parto de María, en oposición a los vicios y efectos perniciosos del pecado de Eva, de todos los autores de este tiempo. Por ser casi imposible traducir este fragmento sin perder nada de su fuerza, preferimos darlo sólo en latín en la nota (45). Advuértase cómo de las virtudes personales de María contrarias a los vicios de Eva: «Eva parit corrupta, Maria incorrupta peperit. Eva in dolore, Maria in salute», etc., pasa a oponer en los cuatro contrastes siguientes el Parto de María, Cristo, al parto de Eva, el pecador; para terminar oponiendo no ya Cristo, sino todos los cristianos a la prole de Eva: «Eva quos parit multis exponit casibus, quos parit Maria salvat a malis omnibus». A la luz de la maternidad espiritual de la Virgen, fundada en la maternidad de Cristo cabeza, este tránsito es naturalísimo: María engendra a Cristo, Vida del mundo, y en aquel mismo momento y precisamente por este alumbramiento, no es sólo Cristo el engendrado, lo son también todos los cristianos, y así puede el Beato Amadeo pasar rápidamente y sin transición del parto único de María, Cristo, al parto múltiple, los cristianos.

¿Tienen valor especial estos textos de Guerrico y Amadeo de Lausana, en orden a la corredención mariana? Creemos sinceramente que sí. El llamar Guerrico a María, Madre nueva en contraposición a la madre antigua (Eva); madre de todos los que renacen a la vida; el decir que al engendrar la Vida [Cristo], regeneró en cierta manera a todos los que han de vivir esta vida, parece suponer un intervención real en la producción de esta vida sobrenatural de la gracia y, por tanto, una verdadera corredención. Y todavía con más energía expresa este mismo pensamiento Amadeo de Lausana al decir que en María todos resucitamos, o que «a los que engendra María los salva de todos los males». Guerrico y Amadeo Lausana tienen, a nuestro juicio, el mérito particular de haber hablado, con ocasión de la antítesis Eva=María, de la maternidad espiritual de María, con expresiones que lógicamente suponen, en una forma más clara de lo que lo hicieron los Santos Padres, una intervención inmediata de María en la producción de la gracia en nosotros (46).

También ELREDO DE RIEDVAL, como Guerrico, opone las dos Madres: Eva y María:

«Por María — nos dice en un sermón de la Natividad de Nuestra Señora — mucho mejor que por Eva hemos nacido, porque Cristo nació de Ella. Recuperamos la novedad de la vida en lugar de la antigua maldición, la incorrupción por la corrupción, la luz por las tinieblas» (47).

(45) «Eva parit corrupta, Maria incorrupta peperit. Eva in dolore, Maria in salute. Eva in vetustate, Maria in novitate. Ista servum, illa Dominum. Ista peccatorem, illa iustificatorem a peccato. Evae partus mortis multiplicat, partus Mariae a morte salvat. Evae parturienti draco insidiatur, partui Mariae ab angelis ministratur. Evam parturientem tremor cordis occupat, parientem Mariam virtus divina laetificat. Eva quos parit multis exponit casibus, quos parit Maria salvat a malis omnibus. Eva pariente abundavit malitia, pariente vero Virgine Maria, superabundavit gratia.»

(46) Cfr. BOVER, *La maternidad espiritual de María en los Padres Griegos*, Est. Mar., 7 (1947) p. 91-104. GARETA, *La Maternidad espiritual de María en los Padres Latinos*, Est. Mar. cit., p. 105-120.

(47) *Serm.* 20, *In Nat. Mariae*, 2; ML., 195, 323 B.

Los Victorinos HUGO y RICARDO (48), hablan del contraste entre Eva y María por haber engendrado esta última al que es la Vida y el triunfador del demonio, sin peculiar originalidad.

* * *

Después del análisis, un poco prolijo, que acabamos de hacer, de los principales textos en que los escritores eclesiásticos de la primera mitad del siglo XII presentan la antítesis Eva=María, podremos sintetizar ya los resultados obtenidos en las afirmaciones siguientes:

María es, según el sentir unánime de estos autores, la *nueva Eva*, en todo opuesta a la primera. Ella es la *bendición* opuesta a la maldición (Berengoso, Eadmero, Franco, Godofredo, San Bernardo, Elredo); la *alegría* que ahuyenta la tristeza (Eadmero, Ruperto); la *que nos dió la medicina* y el *antídoto* que cura la herida infligida por Eva y neutraliza su veneno (Abelardo, Hermann, San Bernardo, Amadeo); la *gracia*, la *justicia* que borra la culpa de Eva (Abelardo, Franco, San Bernardo, Amadeo de Lausana).

Ella es también la que con su *victoria* compensa la derrota que sufrió la humanidad en Eva (San Bruno, Ruperto, San Bernardo, Hugo y Ricardo de San Víctor); la que es la *causa de nuestra vida*, la *madre de los que viven*, como Eva había sido la causa de nuestra muerte, la madre de los que mueren (Bruno, Franco, Ruperto, Hermann, Honorio, San Bernardo, Guerrico, Amadeo, Ricardo de San Víctor).

Estos títulos se fundan en dos hechos: en las virtudes ejercitadas por María en la Anunciación, en todo opuestas a los vicios de Eva en el paraíso, principalmente en su *fe* (Ivo, Abelardo, Ruperto, Bernardo, Amadeo), su *obediencia* (Bruno, Ruperto, Bernardo), y su *humildad* (Bruno, Ruperto, Bernardo, Hugo); y en su dignidad incomparable de *Madre del Dios Redentor* (afirmado en una u otra forma en todos los autores de este período).

De aquí una consecuencia: de una u otra manera hablan todos estos autores de la «recirculación», que podemos expresar así: como la muerte, la derrota, la culpa, nos vinieron por un hombre (Adán) y una mujer (Eva), así la vida, la victoria, la justicia, nos vienen por otro hombre (Cristo), y otra mujer (María). O más brevemente: el orden de la reparación corresponde paralela y antitéticamente al orden de la caída.

Esta «recirculación», si se consideran atentamente los textos citados en el transcurso de este capítulo, aparece como una expresión concreta y llena de vida del papel peculiar que, por razón de su dignidad de madre del Dios-Redentor y de sus virtudes, desempeña la Virgen en la Economía de la Redención:

Hasta aquí las ideas expresadas por los autores del siglo XII coinciden sustancialmente con la tradición patristica. Sin embargo, como hemos ido viendo en la exposición de los textos principales, nos encontramos

(48) HUGO, *Expl. in Cant. B. Mariae*; ML., 175, 420 D-430 A; RICARDO, *De Emmanuele*, libl. c. XII; ML., 196, 621 B; id. c. XXI; id. 633 B-634 A.

en este período con algunas modalidades nuevas, que muestran una evolución muy digna de tenerse en cuenta en lo que concierne a los fundamentos del misterio de la corredención mariana. Tales son el aplicar a la Virgen, con ocasión del paralelismo Eva=María el «*auditorium simile sibi*» del Génesis, como lo hacen, entre otros, Bruno de Segni, Osberto de Clara y Hermann, que será el modo más frecuente de los autores posteriores para indicar la asociación de la Madre de Dios a la obra redentora de su Hijo; y las expresiones tantas veces repetidas por las que se atribuye a María una intervención en nuestra vivificación y regeneración, sobre todo bajo el aspecto de su maternidad espiritual, como aparece en Hermann, Guerrico y Amadeo de Lausana.

II

MARIA CORREDENTORA POR SU LIBRE CONSENTIMIENTO EN LA ENCARNACION

Todos los mariólogos que estudian el paralelismo Eva=María en los escritos de los Santos Padres hacen constar una diferencia esencial que se da en él, si lo comparamos con el paralelismo paulino Adán Cristo. A éste corresponde como fondo escénico el binomio Paraíso=Calvario, en cambio en el primero la composición de lugar es Paraíso=Nazaret (49). Cristo es el nuevo Adán por su muerte en la Cruz; María es la nueva Eva por las virtudes que ejercita en la Anunciación del ángel y por su libre consentimiento al designio de Dios. Y en esta diferencia encuentran no pocos autores una dificultad seria para admitir la fuerza de los textos que hemos considerado en el capítulo anterior, en orden a establecer la cooperación inmediata de María en la obra redentora de Jesucristo, que consistió esencialmente en el sacrificio cruento del Calvario. Oigamos a uno de ellos: «Tomando la redención bajo el amplio punto de vista de la unión con Cristo, la cooperación a la Encarnación es ya en un sentido verdadero obra de salvación... [Pero] solamente si María ha ofrecido juntamente con Cristo el sacrificio de la cruz en cuanto tal, y de este modo ha expiado juntamente con El y ha merecido por lo menos de congruo todas las gracias, es corredentora en el verdadero y propio sentido de la palabra» (50).

Sin embargo, la mayor parte de los mariólogos hoy día ven ya en el libre consentimiento de María a la encarnación una cooperación a la redención formal e inmediata, una verdadera corredención. Así ALDAMA (51), BOVER (52), DILLENSCHNEIDER (53), MERKELBACH (54),

(49) Por ejemplo, RIVIERE en el comentario que hace al texto de San Ireneo, *Rev. Scienc. Rel.*, 12 (1932) p. 98 ss. Y GARCOX, *La Mariologie de S. Irenee* (Lyon, 1932).

(50) SEILER, *Corredemptrix* (Rom., 1939). «Nimmt man die Erlösung unter dem weiten Gesichtspunkt der Einigung mit Christus, dann wird schon die Mitwirkung zur Menschwerdung in einem wahren Sinn eine heilswirkende sein... Nur wenn Maria das Kreuzopfer als solches mit Christus dargebracht hat, und zwar so, das sie durch objektiv — nach Billigkeit wenigstens — mitsuhnte, objektiv alle Gnaden mitverdiente, ist sie Mitterlöserin im wahren, eigentlichen Sinn des Wortes» (p. 26-27).

(51) *Mariologia, Sacrae Theologiae Summa* (Madrid, 1956) p. 431 ss.

(52) Todo el libro *Disparae Virginis Consensus, Corredemptionis ac Mediationis fundamentum* (Matriti, 1942), de 858 páginas, va encaminado a probar esta afirmación.

(53) *Pour une Corredemption mariale bien comprise*, *Marianum*, 11 (1949) p. 277 ss.

(54) *Mariologia* (Parisii, 1939) p. 347 ss.

ROSCHINI (55). El P. Bover cree encontrar la equivocación de algunos mariólogos al no querer admitir este valor corredentivo en no haber atendido suficientemente al influjo de la causa moral, que rompiendo las barreras del tiempo y del espacio, llega real y verdaderamente al objeto.

Podrá ser una confirmación de este pensamiento del P. Bover, varios de los autores que son objeto del presente estudio. Es interesante observar cuán frecuentemente afirman que el consentimiento que da María a la embajada del ángel no alcanza sólo la Encarnación, sino también el mismo sacrificio del Calvario y llega a la victoria plena y total sobre el demonio. María tiene pleno conocimiento de la redención dolorosa en el momento de la anunciación y con este pleno conocimiento da su asentimiento por un acto de fe, de amor y de obediencia.

Dirijamos nuestra atención a algunos textos más significativos. SAN BRUNO DE SEGNI se expresa en estos términos:

«En esta legación se ha tratado de la Encarnación del Hijo de Dios, de la renovación del mundo, de la restauración del género humano, de la liberación de los santos, de la recuperación de la patria celeste. Hoy ha sido revelado el consejo según el cual la muerte debía ser destruida, el pecado original quitado, la vida devuelta, el hombre librado de la servidumbre del demonio, hecho hijo adoptivo de Dios y devuelto a la antigua patria» (56).

Y una vez conocido por María el fin soteriológico de la Encarnación, su voluntad influye en que se lleva a cabo:

«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc., I, 38). Oídas las razones dió su consentimiento, y dando su consentimiento concibió» (57).

HILDEBERTO en unas prosas rimadas afirma:

«Credula promisso — caeli Spiramine misso, Virgo concepit — Verbum quod in aure recepit... Atque per hoc verbum — ius perdidit hostis acerbum, Quod matris saevae — morsus commiserat Evae» (58).

Nótese la influencia inmediata del consentimiento en la victoria sobre el demonio: «per hoc verbum ius perdidit hostis acerbum».

Según RUPERTO DE DEUTZ, María conoció su misión soteriológica con todos sus pormenores, al ser constituida Madre de Dios en la Encarnación. Sus palabras no dejan lugar a duda:

«No consideréis solamente — habla María — la hora y el día, en que mi amado fué hecho prisionero de los impíos, maltratado, burlado, coronado de espinas, azotado, crucificado, atormentado con hiel y vinagre, atravesado por la lanza, muerto y sepultado. Entonces, ciertamente, una espada atravesó mi alma, pero antes de esto hizo en mí un largo

(55) *Equivoci sulla Corredenzione*, *Marianum*, 10 (1948) p. 271 ss.

(56) *De Laudibus Virg. Mariae*, c. 4; ML., 165, 1029 A.

(57) *Comm. in Lucam*, L. 1, c. 1; ML., 165, 344 A.

(58) *De Concept. Beat. Mariae*; ML., 171, 1285 B-C.

camino. Pues era Profetisa y desde que fui hecha Madre de Dios, supe que había de padecer todas estas cosas» (59).

Y ya entonces por su fe y su consentimiento triunfa del demonio:

«Ven y cree al ángel que te evangeliza, puesto que Eva creyó a la serpiente que le susurraba al oído. Ven y aplasta la cabeza de la serpiente... Ven y di: «Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum» (Lc., 1,3) pues Eva, al quererse defender, «la serpiente — dijo — me engañó y comí» (60).

De PEDRO ABELARDO tiene especial importancia un texto del que hablamos ya en el capítulo anterior y que es necesario volver a considerar bajo el aspecto de la influencia del consentimiento de María en la obra redentora:

«Mientras María creyó al ángel que le fué enviado, como Eva consintió al demonio, el nuevo Adán nos redimió en el leño de la cruz y desde este leño reparó los daños del primer árbol» (61).

Los diferentes planos en que se mueven las dos «recirculaciones»; la de María en la Encarnación, la de Cristo en el Calvario, que de hablamos antes, lejos de ser una dificultad contra la corredención de María, como pretende Rivière, es, según el parecer de muchos autores, una confirmación de la misma, ya que Abelardo, rompiendo todas las distancias del tiempo y del espacio, establece un nexo íntimo entre el primero y segundo estadio: «*Dum angelo ad se misso Maria credit... Adamus novus in ligno crucis redemit...*» ¿No parece querer expresar así que la fe de María con su consentimiento tiene una influencia, de orden moral ciertamente, pero decisiva e inmediata en la redención que realiza el nuevo Adán, Cristo?

HERMANN DE TOURNAI afirma que:

«Esta cabeza [de la serpiente], esto es la soberbia, la aplastó ella misma [María] por sí y por su Descendencia, es decir, por su Hijo. Por sí misma cuando dice: «Ecce ancilla Domini...». Por su Hijo, porque siendo Dios «humiliavit semetipsum» (62).

Aunque el aplastar la cabeza de la serpiente se toma aquí como un símbolo del triunfo de la humildad de Jesús y María sobre la soberbia del demonio, esta soberbia — nos dice unas líneas más abajo — es aquella con la que el demonio fué arrojado del cielo y el hombre del paraíso, «pues el comienzo de todo pecado es la soberbia», y, por tanto, equivale en alguna manera al triunfo sobre el pecado. Hermann, por consiguiente, de un modo semejante a Abelardo une la Encarnación con el calvario, y ve en estas dos escenas la victoria decisiva sobre el demonio y presenta en ellas a María y a Jesús: a María venciendo al demonio en la Anuncia-

(59) *Comm. in Cant.*, L. 1; ML., 168, 856 A.

(60) *Comm. in Cant.*, L. 2; ML., 168, 867 C.

(61) *Serm. 26 Assumpt.*; ML., 178, 645 D.

(62) *Tract. de Incarn.*, c. 9; ML., 180, 84 B.

ción con su humilde consentimiento; a Jesús venciendo al demonio en el Calvario, con la humillación de la Cruz.

El abad FRANCO comenta de este modo la respuesta de María «ecce ancilla Domini»:

«Hágase en mí según tu palabra, para que tome carne en mí el Verbo, que en el principio ya existía. Hágase en mí que sea hallada digna de que por mí el mundo encuentre la gracia de la reconciliación; hágase en mí que dé hospedaje en mi cuerpo a Aquel que después en el cielo me tomará en el consorcio de su reino» (63).

Nótense estas tres proposiciones con que glosa Franco el «ecce ancilla Domini» y que en resumen podrían expresarse así:

Hágase en mí que venga a ser Madre de Dios.

Hágase en mí que venga a ser la reina consorte en los cielos.

Hágase en mí que venga a ser la mediadora de la redención.

Madre de Dios, mediadora de salvación, reina consorte del cielo, y, por tanto, Señora de los tesoros de la gracia para repartirlos al mundo, estos tres títulos de María aparecen como derivándose del consentimiento de María.

Escojamos siquiera un pasaje del gran cantor de María GODOFREDO DE ADMONT:

«Mientras el alma de la Bienaventurada Virgen, viviendo en la carne, reconoce en el Espíritu Santo el misterio de la Redención, su cuerpo es fecundado por el mismo Espíritu Santo; y concibiendo y engendrando al verdadero Hijo de Dios, verdadero hombre, realiza admirablemente el misterio mismo de la Redención» (64).

Quizá ningún autor hasta SAN BERNARDO había expresado con tanta claridad y energía el papel trascendental que el consentimiento de María tuvo en la Encarnación redentora. Gran parte de su cuarta homilía sobre el «Missus est» merece ser leída y saboreada con detención. Nos será forzoso resumir algunos párrafos, pero creemos no omitir nada esencial.

«Espera el ángel la respuesta... Esperamos también nosotros, Señora, la palabra de misericordia, nosotros que estamos condenados a muerte por la sentencia divina. Y he aquí que se te ofrece el precio de nuestra salud; seremos en seguida libertados si consentes... Hechura somos del Verbo sempiterno de Dios, y he aquí que todos morimos; por tu breve respuesta hemos de ser restaurados, rescatados apra la vida... Da pronto, oh Virgen, tu respuesta... ¡Oh Señora! Responde la palabra que espera la tierra, los infiernos y los cielos. El Rey y Señor cuanto ha amado tu hermosura, desea ahora el «sí» de tu respuesta; pues en ella propuso salvar el mundo... ¡Oh, la más hermosa entre las mujeres, hazme sentir tu voz! Si tú, pues, haces oír tu voz, El te hará ver nuestra salud... Responde una palabra y recibe la Palabra; «pronuncia la tuya y recibe la divina». [Responde verbum et suscipe Verbum; profer tuum et suscipe divinum]» (65).

(63) *De gratia Dei*, L. 6; ML., 166, 747 B-748 B.

(64) *Homil. 65 Assumpt.*, 2; ML., 174, 969 B.

(65) *Homil. 4 super «Missus»*; ML., 183, 83-84; cfr. sobre este punto SOLÁ Fco. DE PAULA, S. I., *La corredención mariana en los escritos de San Bernardo*, EstEcc., 27 (1953) p. 427-462.

En este hermosísimo fragmento, una de las páginas más sublimes que sobre la Virgen se han escrito, aparece claramente:

1.º Dios quiere en su providencia que la Encarnación dependa del libre consentimiento de María.

2.º Esta encarnación es ya el comienzo de nuestra Redención, es ya Redención. Y así dice el Santo Doctor que se ofrece a María el precio de nuestra salud, que «*en seguida seremos libertados, si consientes*», que en su respuesta propuso Dios salvar el mundo, y otras semejantes.

3.º De aquí que la cooperación de María, expresada por San Bernardo, no solamente es de orden moral, como es evidente (el consentimiento implica causalidad moral), sino que es en alguna manera inmediata: «*seremos en seguida libertados, si consientes*»; *en tu palabra se propuso Dios salvar al mundo*».

Nada nuevo añade GUERRICO a las encendidas expresiones de su Maestro. El fin soteriológico que tuvo el mensaje del ángel nos lo expone así:

«En verdad fueron palabras buenas, palabras fieles y dignas de ser recibidas, aquella buena nueva de nuestra salvación... Mientras promete [el ángel] un Hijo de la Virgen, se promete el perdón a los reos, la redención a los cautivos, la libertad a los prisioneros y la vida a los que yacían como sepultados. Aquellas palabras, mientras predicán el reino de su Hijo, anuncian al mismo tiempo la gloria de los justos, llenan de terror los infiernos, alegran los cielos» (66).

Hablan de la influencia de la fe y humildad de María en la obra redentora, sin añadir nada nuevo a lo que hemos visto en otros autores, GE=ROCH (67), HUGO DE SAN VICTOR (68) y ZACARIAS DE BESANZON (69).

* * *

Quando en el capítulo anterior considerábamos la antítesis Eva=María que corresponde al binomio condenación=redención, sugía espontánea la pregunta: ¿cuál es este elemento tan propio y característico de María por el que se le atribuía una participación tan íntima en la obra redentora de su Hijo?

Con los textos aducidos en este capítulo nos será ahora fácil sintetizar la influencia de María en la encarnación redentora y responder al mismo tiempo a la cuestión formulada.

1.º María — afirman nuestros escritores eclesiásticos — *conoció* desde el primer momento de la concepción de su Hijo la obra redentora que venía a realizar; y por cierto, según algunos de ellos, incluso los padecimientos con los que había de redimir al mundo.

2.º María *creyó* todo lo que el ángel le anunciaba.

(66) *Serm. 1 Annunt.*; ML., 185, 115 D.

(67) *Libr. de honore...*; ML., 194, 1105 A-B.

(68) *Expl. in Cant. B. Mariae*; ML., 175, 423 B-415 C.

Sermo Assumpt.; ML., 177, 1211 D-1212 A.

(69) *De concordia Evang.*, L. 1, c. 3; ML., 186, 56 C.

3.º María consintió libremente a ser Madre del Redentor.

4.º María acompañó este acto del consentimiento con heroicas *virtudes*, principalmente *obediencia* y *humildad*, aceptando todas las consecuencias dolorosas que la Redención imponía a su Hijo y a Ella mismo.

Estas razones dan ya a la maternidad de María algo propio y específico que la distingue de todas las demás madres en la parte que puedan éstas tener en las obras de sus hijos, pues asocian íntimamente a la obra redentora de Jesús a su bendita Madre.

También se deduce de lo dicho que la cooperación a la obra redentora, expresada por los autores que hemos estudiado, es de orden físico (María prepara, al dar a Jesús su carne, la hostia del sacrificio) y de orden moral (María influye por su libre consentimiento y sus virtudes a que se verifique la encarnación).

Pero hay algo más. Este consentimiento, rompiendo las distancias del tiempo y del espacio, llega al mismo sacrificio redentor del calvario. Dios en su providencia quiso hacer depender toda la obra de la Redención del libre consentimiento de María (70). Y esta insistencia que hemos visto en los autores del siglo XII en relacionar el libre consentimiento dado por María en el momento de la encarnación con el sacrificio redentor del calvario, pone uno de los fundamentos más sólidos para los razonamientos que la mariología especulativa propondrá para hacer ver cómo el primer momento esencial de la corredención mariana hay que colocarlo en la encarnación; razonamientos que se verán confirmados por los documentos de los últimos Sumos Pontífices (71). Sólo nos resta, para terminar nuestro estudio, ver el valor que atribuyen a la compasión maternal de María, junto a la cruz de Jesús, los autores de esta época.

III

MARIA CORREDENTORA EN EL CALVARIO

Los textos de los escritores eclesiásticos de la primera mitad del siglo XII acerca de la parte que tuvo María en el sacrificio del Calvario'

(70) Sobre este punto la opinión de todos los mariólogos que defienden la Corredención es unánime. Véanse algunos ejemplos: «Deus Pater Unigenitum Filium in mundum misurus, ut homines redimeret, totum suum pietatis consilium B. Virgini proposuit, sine cuius libera consensione statuerat non exequendum», BOVER, *B. V. Maria hominum Corredemptrix*, Greg., 6 (1925) p. 540. «Consensus Mariae fuit omnino necessarius redemptioni, quae ab ipso tota dependet, cum sine illo non esset, et ipso dato, certissime impleteretur», MERKELBACH, *Mariologia* (Parisiis, 1939) p. 341. «... dass es nicht zustanden gekommen ware, wenn sie [María] nicht ihren Teil — und das war eben die Eistimmung — dazu beigetragen hatte», DILLERSBERGER, *Das neue Wort uber Maria* (Salzburg, 1947) p. 40. BOZZI, *Maria hominum Corredemptrix* (Bregia, 1931) p. 37, repite casi a la letra la misma idea que el P. Bover, y así podríamos ir citando otros muchos testimonios. Más aún, adviértase que tales frases las suscribirían también en general los mariólogos del campo contrario, con atender sólo a la observación que hace Dillenschneider, y que todo buen teólogo admitirá sin dificultad alguna: «Se dice ordinariamente que el «Fiat» de María fué la condición «sine qua non» de la Encarnación redentora... Es verdad, a condición de que se entienda bien. El misterio de la Encarnación no fué absolutamente imposible, sin el consentimiento de Nuestra Señora... El Altísimo no podía correr el riesgo de ver sus planes puestos en contingencia por la voluntad de una de sus criaturas, aunque fuese la más perfecta. Si Dios ha dejado en suspenso la ejecución de sus designios misericordiosos en favor de la humanidad al libre «Fiat» de María, es porque lo ha querido así, seguro como estaba, por otra parte, de obtener por su gracia eficaz el consentimiento de la Virgen sin atentar a su libertad», DILLENSCHNEIDER, *Marie aux services de notre rédemption*, p. 346-347.

(71) (Cfr. algunos textos en ALDAMA, *Mariologia*, antes citada, v. III Theol. BAC., p. 481-482.

son muchos más escasos que los anteriores; pero deben ser estudiados con especial atención por la importancia que todos los mariólogos reconocen a este punto en el problema de la corredención.

Como el sacrificio del Calvario tiene en alguna manera su ofertorio previo en la presentación de Jesús en el templo, no solamente por el carácter mismo de la ceremonia — la oblación de los primogénitos al Señor —, sino principalmente por las palabras proféticas de Simeón, que unen aquel acto con los acontecimientos del Gólgota, trataremos también de algún pasaje en que se hace resaltar juntamente el carácter sacrificial de la ceremonia y la parte que tuvo en ella María.

GOFRIDO DE VENDOME habla en estos términos de la presentación de Jesús en el templo:

«Esta solemnidad es igualmente grande, en la cual (Jesús) es ofrecido por la Santísima Virgen y el justo Simeón a Dios Padre en el templo. Dios Padre dió a la Virgen Madre el Hijo engendrado antes del tiempo de sí, para que se hiciese hombre en ella; Hijo nacido de sí en el tiempo, hecho Hombre... Este único Hijo es ofrecido al único Padre por la única Madre; uno al que es uno; más aún en este «uno» todos los fieles somos ofrecidos» (72).

Nótese que, aunque al principio pone en la oblación de Jesús a la Virgen y a Simeón, prescinde enseguida de este último, para concretar la atención en los tres «únicos»: el Padre Eterno, la Madre Virgen y el Hijo. Esto puede ser, por lo menos, un indicio de que ellos tres son los personajes esenciales en esta oblación: Jesús es la Hostia, el Padre Eterno la recibe y María la ofrece.

Algo más adelante repite la misma idea y explica cómo todos los cristianos, en virtud de su incorporación a Cristo, son ofrecidos juntamente con Jesús:

«En esta carne [Israelítica] su Madre Virgen, digna de todo honor, lo concibió y dió a luz; y, causa de salvación, con ejemplo de humildad, lo ofreció en el templo Hostia viva y vivificante en olor de suavidad. En verdad la buena Madre, María, dió a luz a Cristo y en Cristo dió a luz a los cristianos. Es, por tanto, la Madre de Cristo, Madre de los cristianos» (73).

Como se ve en estos fragmentos, no sólo nos dice Gofrido que María ofreció a Jesús al Eterno Padre, sino que le atribuye una función quasi-sacerdotal: «Mater Virgo obtulit in templo Hostiam vivam et vivificantem in odorem suavitatis». Sin querer dar a este texto más valor del que seguramente tenía en la mente del autor, indica que el concepto pleno de la divina Maternidad comprendía ya en aquel tiempo una clara asociación a la obra redentora, pues en el acto que podemos considerar como la primera oblación pública de la Víctima inmaculada al Eterno Padre, desaparecen de la escena José, Simeón, el sacerdote de la antigua ley, para quedar sólo «la única Madre que ofrece este único Hijo al único Padre».

(72) *Serm. 7 Purif.*; ML., 157, 262 C.

(73) *Id. id.*, col. 265 D-266 A.

Todo el capítulo quinto de su libro «De excellentia B. V. Mariae» dedica EADMERO a la Compasión de María con su Hijo Crucificado. He aquí un fragmento:

«En verdad atravesó tu alma la espada de dolor, que fué para ti más amarga que todos los dolores de cualquier pasión corporal; porque todo lo que cruelmente padecieron los cuerpos de los mártires fué cosa leve, o mejor, nada, en comparación de tu pasión, que con su inmensidad atravesó todo lo más íntimo de tu benignísimo Corazón» (74).

Sin embargo, ninguna alusión encontramos al valor corredentivo que pudieran tener tales padecimientos, ni dice una palabra de que sus méritos fueran unidos a los de Jesús en orden a la redención del mundo (75).

Lo mismo puede decirse del siguiente texto de HONORIO DE AUTUN:

«Jericó quiere decir luna, esto es la Iglesia; en ella la rosa significa los mártires, a los cuales todos la Madre de Dios aventajó por la grandeza de su Pasión, cuanto la rosa aventaja a las otras flores por su color. Pues cuando vió atormentado en la cruz al Hijo de Dios, que había engendrado, siendo como era inocente, padeció en su alma un tormento superior a todos los mártires. Por esto fué más que mártir, ya que los demás padecieron en el cuerpo, pero ella padeció en el alma, como se dice: «Tuam ipsius animam pertansibit gladius» (Lc., II, 35)» (76).

Y en otro lugar:

«La espada de Cristo fué su pasión, con la cual atravesado sucumbió el antiguo enemigo. Y esta espada atravesó el alma de María, cuando con gran dolor lo vió colgado en la cruz, por lo cual fué más que mártir» (77).

Una vaga insinuación al valor corredentivo de la compasión de María podría verse en el último de los textos citados, al decirnos que la espada de la Pasión de Jesús que hace sucumbir al enemigo, o sea, que nos redime, pasa también por el alma de María. Pero evidentemente no basta esta ligérrima insinuación hecha en lenguaje metafórico.

A pesar de las muchas homilias marianas de GODOFREDO DE ADMONT, ninguna trata expresa y únicamente de los dolores de María junto a la cruz de Jesús. En una de ellas, acerca de la Asunción, habla de los dolores de María al pie de la cruz de su Hijo, de aquel Hijo que «por mandato de Dios Padre tomaste de mí [habla la Virgen] ser verdadero hombre para la redención del género humano» (78); pero nada dice tampoco del valor de estos dolores en orden a la redención.

Entre las obras de SAN BERNARDO se encuentran tres sermones bajo el título general «In Purificatione Mariae»; pero en realidad sola-

(74) *De excell. B. V. M.*, c. 5; ML., 159, 567 B.

(75) Eadmero tiene ciertamente uno de los textos que es aducido con más frecuencia como ejemplo de méritos corredentivos de María (c. 11 De excell. B. V. M., ML., 159, 578 A-B); sin embargo, su valor no nos parece apodictico. Véase lo que escribimos sobre este punto en *Est. Mar.*, 17 (1956) p. 128-129.

(76) *Sigillum Beatæ Mariæ*, Introd.; ML., 172, 498 D-499 A.

(77) *Speculum Eccl. In Purif.*; ML., 172, 850 C. Sobre el valor que en orden a la corredención pueda tener el texto Lc., 2, 35, en que se profetiza a María la espada de dolor, puede verse GALLUS T., S. I., *De sensu verborum Lc.*, 2, 35, *eorumque momento mariologico*, Biblica, 29 (1948) p. 220-239.

(78) *Hom. 65 Assumpt.* 2; ML., 174, 969 C-D.

mente el tercero habla expresamente de la Virgen. En él pondera la oblación que hace de su Hijo con estas palabras:

«Ofrece a tu Hijo, oh Virgen santísima, y presenta al Señor este fruto bendito de tu vientre. Ofrece al Señor, para la reconciliación de todos nosotros la Hostia santa, agradable a Dios. Ciertamente aceptará Dios Padre esta oblación nueva la Hostia preciosísima de la que El mismo dice: «Este es mi Hijo muy amado en el que tengo puestas mis complacencias» (Mt., III, 17)» (79).

Este texto es el único «suficientemente claro» en la opinión de Dillenschneider (80), entre los textos del santo doctor en que se encuentra la cooperación inmediata de María a nuestra Redención. Goossens y Lennerz lo niegan (81). Creemos que el valor exacto del pasaje en cuestión quedará más claro, si se consideran una líneas que pone el santo un poco más abajo:

«Vendrá tiempo, cuando no en el templo será ofrecido, ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad entre los brazos de la cruz. Vendrá tiempo, cuando no será redimido con dinero ajeno, sino que redimirá a otros con su propia sangre, porque Dios Padre lo envió como redención por su pueblo. Aquel será el sacrificio vespertino, éste de hoy el matutino. Este presente es más placentero, pero aquél será más lleno» (82)

Considerado todo este pasaje, creemos que aparece claro en el pensamiento del santo abad de Claraval que la oblación en el templo es ya sacrificio de redención en el sentido lato en que toda la vida de Jesús es redención; y en algún sentido más propiamente que otros momentos de la vida del Salvador por la relación evidente que tiene con el Calvario. Pero no es todavía el Sacrificio de Redención, puesto que nos dice el mismo San Bernardo: «Vendrá tiempo... en que redimirá a otros con su propia sangre».

Esto supuesto, creemos que de la parte que tiene María en la oblación en el templo hay que decir exactamente lo mismo que dijimos de la Encarnación. María conocía perfectamente, como hemos visto, ya desde el momento de la Anunciación del ángel el fin soteriológico de su Hijo, y que precisamente por el sacrificio de su vida tenía que redimir al mundo. Y ahora en el templo la profecía de Simeón iluminará todavía más las rutas dolorosas del Calvario. Era, pues, natural, que, al ofrecer a Dios a su Hijo en la ceremonia de la Presentación, su mente viese en aquella oblación inmensamente más de lo que podían ver las otras madres judías en quella ceremonia legal y lo ofreciese por los pecados de los hombres. Por esta cooperación de María a la oblación en el templo puede llamarse, por consiguiente, Corredentora en el mismo sentido que hemos dicho en el capítulo anterior hablando de la Encarnación; ni creemos pueda sacarse más de este texto de San Bernardo (83).

(79) *Serm. 3 Purif.*, n. 2; ML., 183, 370 C.

(80) *Marie au service...*, p. 248.

(81) GOOSSENS, *De cooperatione immediata Matris Redemptoris ad redemptionem obiectivam* (Paris, 1939) p. 125-126. LENNERZ, *De cooperatione Beatæ Virginis in ipso opere redemptionis*, Greg., 29 (1948) p. 129.

(82) ML., 183, 370 C.

(83) No juzgamos que sea de más valor este pasaje, como afirma Dillenschneider, por contener las palabras «Offer ad nostram omnium reconciliationem hostiam sanctam, Deo placentem...», que el texto citado en el capítulo anterior sobre el consentimiento. Uno y otro se refieren a un acto previo al sacrificio del Calvario; mas el pasaje de la homilía «Super missus» es, a nuestro juicio, de mayor fuerza.

Si pasamos ahora de la oblación del templo a la oblación de la cruz, del sacrificio matutino al vespertino (84), nos encontramos como advierte Le Bail (85), que «San Bernardo no hace mención de Nuestra Señora en sus sermones sobre los misterios de nuestra redención; habla en otro lugar de la Pasión de María, en su sermón del domingo infraoctava de la Asunción. Oigamos un fragmento:

«Aquel [Jesús] pudo morir en el cuerpo, esta [María] ¿no pudo morir juntamente con El en su corazón? Aquello lo hizo el amor, el mayor que jamás nadie pudo tener; esto lo hizo también el amor, el mayor que jamás pudo existir después de aquel» (86).

Palabras encendidísimas, pasaje en verdad sublime, que nuestra el dolor acerbísimo de María junto a la cruz de su Hijo y su compasión con Jesús; pero que nada dice explícitamente de la parte que estos dolores hayan podido tener en la redención del mundo.

De manera análoga nos hablan de los dolores de María junto a la cruz, sin hacer ninguna alusión a su valor corredentivo GUERRICO (87), AMADEO DE LAUSANA (88) y ELREDO (89).

También HUGO Y RICARDO DE SAN VICTOR ponderan con encendidos acentos la compasión de María, junto a la cruz de su Hijo, por la que mereció el título de Mártir y Reina de los mártires (90); pero sin hacer referencia a la corredención.

Hemos dejado para el final, a fin de estudiarlos más detenidamente tres textos de gran importancia en esta materia, los de RUPERTO DE DEUTZ, GEROCH DE REICHERSBERG y ARNOLDO o ERNALDO DE CHARTRES, Abad de Bonneval.

De Ruperto es el pasaje tan frecuentemente citado, que desarrolla el significado de las palabras: «Ecce filius tuus», en un comentario al Evangelio de San Juan. Pero antes de considerarlo con alguna detención, veamos, siquiera brevemente, otro de menos valor ciertamente de su comentario al Cantar de los Cantares, en el que sobre las mismas palabras del evangelista San Juan escribe:

«¿Qué cosa era para mí conmemorar y contar sus palabras, palabras del que moría, del amado que iba en seguida a morir... hasta aquellas

(84) «Illud erit sacrificium vespertinum, istud matutinum»; ML., 183, 370 C.

(85) *S. Bernard, Dict. de Spiritualité*, t. 1, col. 1489.

(86) *Serm. Dom. infr. Assumpt.*, n. 14-15; ML., 183, 437-438. Quizá no sea del todo ajena a este texto de San Bernardo la opinión de que María mereció con sus dolores junto a la cruz ser constituida medianera en la distribución de las gracias a todos los hombres, pues inmediatamente después de este texto en que pondera los dolores de María junto a la cruz, prosigue: «Iam te, Mater misericordiae, per illam sincerissimae mentis affectum, tuis lacens provoluta pedibus luna [id est, Ecclesia, cf. n. 3, 5, de la misma Homilía], mediatricem sibi apud solem iustitiae constitutam, devotis supplicationibus interpellat ut in lumine tuo videat lumen, et solis gratiam tuo mereatur obtentu.»

(87) *Serm. 1 Annunt.*, n. 4; ML., 185, 118 A.; *Serm. 4 Assumpt.*, n. 1; ML., 185, 196 D-198 A.

(88) *Serm. 18 Assumpt.*; ML., 195, 314 B-C.

(89) Hugo, *Serm. 47 Assumpt.*; ML., 177, 1027 D; *Serm. 65*, col. 1104 D. De estos sermones se disputa con bastante fundamento que sean en realidad de Hugo. De RICARDO no podemos dejar de transcribir por lo menos en esta nota un fragmento bellísimo: «Martyrio decorata fuit. Ipsius enim animam pertransivit gladius, non materialis, sed doloris. Quo martyrio gravius passa fuit quam ferro. Quanto ita nec fuit dolor similis dolori eius. In martyribus magnitudo amoris dolorem lenivit passionis, sed B. Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit, tantoque ipsius martyrium gravius fuit, unde quia plus omnibus dilexit, et iuxta magni odinem amoris erat vis doloris, gravius passa fuit mente, quam martyres carne. *Expl. in Cant.*, c. 26; ML., 196, 488 B-484 A.

últimas: «Mujer, ha aquí a tu Hijo» y al discípulo: «He aquí a tu Madre» (Ioan., 17)? Allí fuego, allí espada; fuego de amor, espada de dolor; y mi alma era víctima del holocausto. Puesto que el fuego la encendió, la espada la atravesó. De aquí que, como la grosura de un sacrificio es derretida por el fuego y como la sangre fluye de la herida de una espada, así «mi alma se derrite», no solamente allí, donde moría él, sino también cuantas veces abriendo la puerta de mi boca, habló él en mí» (91).

En este hermoso pasaje nos habla Ruperto de un verdadero sacrificio; más aún, de un holocausto del alma de María consumado por los dolores que atravesaban su alma y el amor con que los padecía, íntimamente unido al sacrificio de Jesús; pero, como otros autores que hemos visto antes, nada dice tampoco del valor que este holocausto de la Virgen pudiera tener en orden a la salvación del mundo. Este, sin embargo, lo ven muchos mariólogos en el célebre pasaje que vamos ya a considerar:

«Porque verdaderamente [tuvo] allí dolores, como de la que va a dar a luz (Ps., 47), en la Pasión de su Unigénito engendró la Bienaventurada Virgen la salud de todos nosotros, es en verdad Madre de todos nosotros» (92).

Es claro que en este párrafo se expresa de alguna manera la maternidad espiritual de María por los dolores que padeció en la Pasión de su Hijo.

Para comprender mejor todo el alcance de estas palabras es necesario que consideremos todo el pasaje completo.

«¿Con qué derecho — se pregunta Ruperto — el discípulo amado de Jesús es hijo de la Madre del Señor y ella es su madre? Con este — responde —, porque ella dió a luz sin dolor la causa de la salud de todos, cuando engendró de su carne al Dios hecho hombre; y ahora con gran dolor le daba a luz cuando, como se ha dicho, estaba junto a la cruz».

Compara después a la Virgen con la mujer que tiene tristeza cuando va a ser madre, de la que habla Jesucristo (93), y añade:

«Y, ¿qué digo semejante, como quiera que verdaderamente sea mujer y verdaderamente madre y tenga en aquella hora verdaderos dolores de parto?».

No tuvo estos dolores — prosigue — cuando dió a luz al Redentor; pero ahora sí,

«Porque vino su hora, a saber, aquella hora por la cual concibió del Espíritu Santo... pero cuando esta hora habrá pasado, cuando toda esta espada habrá ya atravesado como en parto, ya no se acordará de la aflicción por la alegría de «haber nacido un hombre al mundo» porque será declarado un hombre nuevo, que renueve todo el linaje humano y obtenga el dominio sempiterno de todo el mundo; nacido, digo, esto es, hecho inmortal e impasible. Y después de haber superado como primogénito de los muertos, las estrecheces de este mundo en la amplitud de la patria eterna. Por tanto, porque verdaderamente [tuvo] allí dolores...» [Y sigue el texto citado antes].

(91) *Comm. in Cant.*, L. 5; ML., 168, 916 D.

(92) «Quia vere ibi dolores ut parturientis (Ps. 47) in passione Unigeniti omnium nostrum salutem Beata Virgo peperit, plane omnium nostrum mater est.» *Comm. in Ioann.*, L. 13; ML., 168, 790 B.

(93) Ioann., 16, 21.

Notemos, en primer lugar, que la proposición «quia ibi dolores...» es algo que se deduce de lo anterior: «proinde». Y el nexo entre las dos partes — no olvidemos que Ruperto de Deutz es considerado como uno de los grandes místicos de la Edad Media (94) —, es sumamente obvio. María en el alumbramiento de Jesús no tuvo los dolores propios de toda madre; ahora sí, y con estos dolores nace «un hombre nuevo». ¿Quién es este hombre nuevo? Directamente es el mismo Cristo, a quien llama «nuevo» por dos series de razones: unas que atañen directamente a su resurrección, «nacido, digo, hecho mortal e impasible»; otras que relacionan a Cristo con toda la humanidad, «que renueva a todo el linaje humano, el primogénito de los muertos». Pero si Ruperto puede decir también que María, por los dolores «como de quien va a dar a luz es madre de todos nosotros», parece claro que este Cristo Cabeza, no puede separarse del Cristo Místico que somos todos nosotros; y que por tanto, en este texto se implica una verdadera generación espiritual de todos los hombres por parte de María; en otras palabras, una verdadera corredención. Corredención que viene expresada por aquella Maternidad total que abarca en los autores de este período — como hemos tenido ocasión de insinuar ya en el capítulo anterior — lo mismo la escena de Nazaret que la del Calvario y que en Ruperto de Deutz tiene su más bella expresión mística al suponer que los dolores del Calvario son el complemento necesario de la plena maternidad corredentora de María.

Por la semejanza que tiene con el texto que acabamos de comentar, ponemos a continuación uno muy poco citado por los mariólogos (95), de Geroch de Reichersberg (96).

Comienza de un modo semejante a Ruperto, cuyas obras debía seguramente conocer (97), afirmando que las palabras «Ecce Mater tua» podían decirse de los demás apóstoles y de todos los discípulos que debían creer en El, y añade:

«Por lo cual aquella Bienaventurada Madre, estando de pie junto a la cruz, dió a luz a todos, cuando sabiendo que su Hijo único padecía para librarlos y salvarlos, al atravesar su alma la espada de la compasión, tenía dolores, como de la que va a dar a luz».

Geroch, en este pasaje, pone como término inmediato del parto doloroso de María junto a la Cruz a todos los apóstoles y discípulos que habían de amar a Cristo: «Omnes illa Beata Mater iuxta Crucem parturivit». Y en seguida, confirmando esta misma idea, habla de una doble maternidad de María: «una por la que dió a luz a su Hijo sin dolor [Belén]; otra por la que dió a luz a muchos hijos para sí y para su único Hijo con gran dolor y tristeza [Calvario]».

(94) Cfr. DILLENSCHNEIDER, *Pour une corédemption mariale bien comprise*, Marianum, 11 (1940) p. 166.

(95) Por ejemplo, no lo cita ni D., *Marie au service...*, ni CAROL, *De corredemptione B. V. M. disquisitio positiva*, libros que recorren los principales textos sobre la corredención en las diversas épocas. Sí lo cita SELER-STRATER, *De modalitate corredemptionis B. V. M.*, Greg., 28 (1947) p. 298.

(96) *Libr. de gloria et honore filii hominis*, c. 10; ML., 194, 1105.

(97) «Muestra [Geroch] un conocimiento bastante grande de los Padres... y de los escritores polémicos contemporáneos o precedentes inmediatos, como... Ruperto de Deutz», GHELLANCK, *L'essor de la Littérature latine au XII^e siècle* (Paris, 1946) t. 1, p. 123.

El valor que pueda tener este pasaje en orden a la corredención lo podríamos deducir de este sencillo silogismo: Según Geroch, la Virgen, junto a la Cruz, nos da a luz con sus dolores. Ahora bien, esta vida a la que la Virgen nos engendra es la vida sobrenatural de la gracia. Luego hay que admitir que María con sus dolores interviene inmediatamente en nuestra regeneración espiritual; y que, por tanto, coopera inmediatamente en nuestra redención objetiva.

Y llegamos, por fin, a los dos célebres pasajes de Arnolfo, Abad de Bonneval, los más importantes, quizá, de todos los de este período. Vamos a traducirlos primero, con la posible fidelidad, dividiéndolos en párrafos, según las ideas fundamentales que va exponiendo: Su importancia excepcional exige que los presentemos íntegros; ya que los textos aducidos demasiado fragmentariamente se prestan a interpretaciones falsas.

Primer pasaje (98). — Primero: *María ofrece en su interior un sacrificio a Dios por su compasión dolorosa.* «Encerrado en su interior tan gran dolor y tormento, no aparecía exteriormente en su rostro; ni podía, fácilmente, colegirse por él aquella cruz del alma, aquel patíbulo del espíritu en el que era Hostia viva agradable a Dios y pingue holocausto. Ella misma encendía el holocausto en su interior, y, sacrificándose a sí misma calladamente, acumulaba en su interior leña y llamas y aceite. Y así en aquel tabernáculo se podían ver dos altares: el uno en el pecho de María, el otro en el cuerpo de Cristo. Cristo inmolaba la carne, María el alma».

Segundo: *María deseaba también ofrecer su cuerpo en sacrificio por nuestra redención, pero esto fué imposible.* «Ciertamente deseaba Ella unir también a la sangre de su alma la sangre de su carne y, levantadas en la cruz sus manos, celebrar con el Hijo el sacrificio vespertino y consumir, con su muerte corporal, con el Señor Jesús, el misterio de nuestra redención. Pero era privilegio de sólo el sumo sacerdote el introducir el don de su sangre en el Santuario; y no podía compartir tal dignidad con ningún otro; y en la reparación del hombre no fué dado, no pudo ser dado a ningún ángel, ni a ningún hombre el ejercer con Cristo un poder común».

Tercero: *María, sin embargo, cooperó mucho a su manera, en hacer a Dios propicio.* «Sin embargo cooperó mucho, a su manera, en hacer propicio a Dios aquel afecto de Madre, ya que la caridad de Cristo ofreció al Padre tanto los deseos propios, como los de su Madre; pues lo que la Madre pedía, el Hijo lo aprobaba y el Padre lo concedía. El Padre amaba al Hijo y el Hijo al Padre; y la Madre ardía después de los dos [en amor]. Y a una misma cosa tienden los diversos oficios [de los tres]; una misma cosa era lo que pretendía el Padre bueno, el Hijo piadoso, la Madre santa; una cosa común producía el amor; y al mismo tiempo se abrazaban la piedad, la caridad y la bondad, pidiendo la Madre, interpelando el Hijo, siendo propicio el Padre. El Hijo miraba el pecho y el seno de la Madre, el Padre la cruz y las heridas del Hijo. Y, ¿cómo no tenían que mover prendas tan preciosas?»

Segundo pasaje (99). — Primero: *Después de la Encarnación el hombre tiene ya seguros mediadores en Cristo y María.* «Al comunicarnos esta bienaventuranza [que tiene lugar en la Encarnación] se unen las cosas humanas con las divinas, las celestiales con las de la tierra. El hombre tiene ya entrada segura con Dios, puesto que tiene al Hijo mediador de su causa ante el Padre y la Madre, ante el Hijo. Cristo, descubierto el

(98) *De septem verbis Domini in cruce*, tr. 3, De verbo «Mulier, ecce filius tuus»: ML., 189, 1694-1993.
(99) *Libellus de laudibus B. Mariae Virginis*: ML., 189, 1726-1731.

pecho, muestra al Padre el costado y las llagas; la Madre muestra al Hijo el seno y los pechos; y no puede haber repulsa donde concurren y suplican estas señales de clemencia y estas insignias de caridad más expresivas que todo discurso: Se dividen ante el Padre entre sí, la Madre y el Hijo los oficios de piedad y defienden el negocio de la redención humana como con documentos admirables y nos ofrecen un testamento inviolable de nuestra reconciliación».

Segundo: *Fundamento del puesto preeminente de María: la predilección de Jesús y el sacrificio incruento de su Corazón ofrecido en unión del sacrificio de Jesús.* «María se inmola en espíritu con Cristo y ruega por la salvación del mundo, el Hijo impetra, el Padre perdona. Es cosa grande, ciertamente, que se conceda perdón al ladrón; pero también es cosa estupenda que, consumada la economía de la redención, Jesús, a punto ya de espirar, honra con tan gran afecto a su Madre. Y vencedor de todos los suplicios, como olvidándose de sí, se vuelve y habla desde la cruz a su Madre, dando testimonio de cuánto mérito y gracia fuese ante El; aquella a quien atendía únicamente en aquel momento, cuando con la cabeza herida y los pies taladrados estaba a punto de morir. Pues le movía el afecto de la Madre y entonces era enteramente una misma la voluntad de Cristo y de María; y ofrecían los dos juntamente un mismo holocausto: ésta por la sangre del corazón, aquél por la sangre de la carne».

Tercero: *Otras razones del puesto preeminente de María: breve recorrido de su vida.* «Pero de más arriba hay que tomar las razones principales de esta obra y recoger en breves palabras de qué principio y con qué curso llegó la Virgen santa a este cúmulo de bienaventuranzas, de modo que obtuviese con Cristo un efecto común en la salvación del mundo; y reinando a su diestra en el reino de los cielos, rodeada de los más variados vestidos de oro, le asistiese en su trono».

[Sigue ahora un recorrido a la vida de María, ponderando sobre todo su amor a la castidad. Pasa rápidamente algunos pasos de la vida de Jesús y llega al Calvario]: «Los soldados contemplaban al crucificado, los judíos se burlaban de El y no podían arrancarle una respuesta. Habiendo huído los apóstoles, la Madre se puso enfrente de su Hijo y clavada en su alma la espada de dolor era herida en el espíritu y concurricada en el afecto; y lo que obraban los clavos y la lanza en la carne de Jesús obraba en su alma la compasión maternal. Estaba de pie junto a la Cruz y no de un modo inferior a lo que convenía a la Madre de Cristo».

Cuarto: *Este afecto de María fué ciertamente aceptado por Jesús, pero no agregó la Virgen a Jesús en el oficio público de redentor.* «Y quizá [estaba de pie junto a la Cruz] porque entendía que en la muerte de su Hijo se verificaba la redención del mundo y que con su misma muerte podía añadir algo al oficio público [de su Hijo de redentor]. Pero Jesús no necesitaba de auxilio ajeno, pues había dicho: «fui hecho como hombre sin ayuda, libre entre los muertos» (Ps., 87). Recibió ciertamente, el afecto de la Madre; con todo no buscó su auxilio; más aún, la comprendió a Ella misma en aquel beneficio general entre los demás, por los cuales ofrecía a su Padre el sacrificio de su sangre».

Perdonará el lector esta cita tan larga y la traducción, quizá excesivamente literal, y, por tanto, en un castellano no muy correcto. Pero como se trata de un texto de tan gran importancia, todas las precauciones nos han parecido pocas, para no incurrir en ninguna inexactitud. Por esta misma razón nos hemos abstenido de subrayar esta o aquella frase favorable o, por el contrario, desfavorable a la corredención.

Porque esta lectura quizá habrá producido un efecto un tanto contradictorio. Algunas expresiones parecen afirmar la cooperación inmediata de María en el mismo sacrificio del Calvario, de modo que parece no puede

caber la menor duda de que Arnoldo la afirma decididamente. Pero hay otras, en cambio, que parecen negarla. ¿Cuál es, pues, el verdadero sentido de estos pasajes?

Recordemos algunas de las frases favorables; los dos sacrificios que ofrecen en el Calvario Jesús y María, de tal modo se unen e identifican, que llegan a formar un único holocausto: «Unum holocaustum ambo pariter offerebant Deo»; único holocausto que tiende también al único fin de la salvación del mundo: «Ut cum Christo communem in salute mundi effectum obtineat».

Por esto seguramente todos los mariólogos partidarios de la corrección citan estos pasajes (aunque muchas veces demasiado fragmentariamente, para poder apreciar su verdadero valor), como testimonios de primerísimo orden (100). Más aún, ya en el siglo XVII, Saavedra reconocía que estas palabras de Arnoldo incluían la corrección a pesar de no admitir él su pensamiento: «En estas palabras [de Arnoldo] — dice el citado autor — muchas cosas son dignas de notarse; pero sobre todo aquello «cum tam propria quam Matris vota caritas Christi perferbat ad Patrem». Como si pretendiese decir Arnoldo que el Redentor del mundo quisiera que los deseos y anhelos de su Madre valiesen también para este fin de la salud del mundo, y que eran aceptados para este objeto, como si aquellos méritos infinitos no tuviesen eficacia, de modo que Adán y Eva y toda su posteridad, no solamente debieran referir la salud recibida al sumo sacerdote Cristo, sino también a su colaboradora María (101).

Las dificultades que pueden ofrecer el párrafo segundo del primer texto y el cuarto del segundo, y que puso de realce el P. Lennerz (102), no son difíciles de solventar (103).

María pide — según Arnoldo —, impulsada del amor a su Hijo, derramar su sangre y morir con Jesús por la salvación del mundo; y el Hijo es sólo esto lo que rechaza, pero no que sus dolores del alma y el sacrificio incruento corrediman juntamente con los cruentos de Jesús al mundo. No se puede negar que esta explicación se adapta perfectamente al primer texto: «Optabat quidem ipsa ad sanguinem animae carnis suae addere sanguinem... et cum Domino Iesu corporali morte redemptionis nostrae consummare mysterium; sed hoc solius summi sacerdotis privilegium erat, ut de sanguine munus intra sancta inferret; nec poterit ei consors haec esse cum aliquo dignitas [scilicet summi sacerdotis] et in reparatione hominis nulli angelo, nulli homini cum eo fuit aut esse potuit communis auctoritas [scilicet summi sacerdotis] (104).

(100) BOBZI, *Maria hominum corredemptrix* (Brugis, 1931), p. 60. BOVER, B. V. *Maria hominum Co-redemptrix*, Greg., 6 (1925) p. 547-548. CAROL, *Doctrina de B. V. Co-redemptione ab ortu usque ad prolapsum aetatis scholasticorum*, Misc. Franc., 41 (1941) p. 251; y *De Corredemptione B. V. Mariae, disquisitio positiva* (Città Vaticano, 1950) p. 156-159. DILLENSCHNEIDER, *Marie au service...*, p. 249-252. FEITTHOFF, *De alma Socia Christi Mediatoris* (Roma, 1934) p. 142. GARCÍA GARCÉS, *Mater Corredemptrix* (Taurini-Romae, 1940) p. 184. LUIS ANGEL, C. SS. R., *Evolutio historica doctrinae de compassione B. Virginis*, Marianum, 5 (1943) p. 280. ROSCHINI, *Mariologia*, 2.ª ed., t. 2, p. 303-304. SEILER-STREATER, *De Modalitate Corredemptionis B. M. Virginis*, Greg., 28 (1947) p. 304. Esta lista, que dista mucho de ser completa, muestra cómo nunca falta entre los testimonios que se citan a favor de la corrección éste de Arnoldo.

(101) *Sacr. Deiparae Vestig.* 2; Disp. 19, sect. n. 861. Edit. Lugduni, 1655, p. 404. Según lo trae García Garcés, ob. cit., p. 184.

(102) LENNERZ, *De cooperatione B. Virginis...*, Greg., 29 (1948) p. 129-131.

(103) Cfr. la respuesta a las dificultades del P. Lennerz en CAROL, ob. últimamente citada, p. 158-159.

(104) ML., 189, 1694 B.

Del segundo pasaje pueden explicarse también de un modo análogo las frases: «aliento adiutorio non indigebat» y «suscepit quidem Parentis affectum, non tamen quaesivit auxilium» (105). Jesucristo, el único redentor primario y necesario, no recibe en sentido propio, ningún «auxilio» de la corrección mariana según nos dicen continuamente todos sus defensores.

Algo más difícil quizá será la explicación de la frase: «Immo ipsam inter reliquos pro quibus sui sanguinis Patri sacrificium offerebat, illo generali beneficio complexus est». El P. Lennerz cree por lo menos posible que, atendida la significación del adverbio «immo», esta frase equivalga a «e contra, ipsa Mater inclusa est in illis qui redimuntur». Y entonces diría este texto: «La Santísima Virgen no pudo cooperar a aquel oficio público por esta razón, porque Ella misma era redimida en la misma obra». Pero sea lo que fuere de esta explicación — termina el P. Lennerz —, ciertamente enseña Arnoldo que la Virgen Santísima no aportó nada al oficio público que Cristo realizó en la Cruz; y que así negó la cooperación de María a la misma obra de la redención.

Esta interpretación le parece arbitraria al P. Carol (106). En verdad Jesucristo, redentor principal y único necesario, no necesitaba de ningún auxilio en la redención; más todavía («immo»), aun la misma Virgen fué redimida y con toda verdad y por solo Cristo; pero esto no es en modo alguno afirmar que en la redención de los demás no intervenga María.

De como se solvente esta dificultad general: María redimida por solo Cristo es corredentora de los demás, hablan extensamente todos los libros que defienden la corrección inmediata y sus soluciones podrán ser más o menos convincentes (107). Pero únicamente hemos querido indicar aquí que estos dos pasajes, considerados en sí mismos, no tienen, en la parte que parece contraria a la corrección, dificultades que no puedan solventarse.

Otra dificultad podría ofrecer el texto en que se presenta la cooperación de María al sacrificio del Calvario, no como satisfacción o mérito, sino en forma de impetración que relegaría este pasaje a la redención subjetiva. De hecho la explicación del pasaje de Arnoldo en el plano de la dispensación de las gracias fué muy pronto general cuando este texto, que fué de los que en seguida hicieron fortuna en la literatura ascética, se reprodujo y propagó por doquier. Más aún, con frecuencia se ponía toda la escena no ya en el Calvario sino en el cielo, donde María mostraba en su carne glorificada las señales de su maternidad y Jesucristo sus llagas resplandecientes, como títulos eficaces de intercesión. Sea un ejemplo de esto ESTEBAN DE SALLAI, que repite ya a principios del siglo XIII a la letra, las palabras de Arnoldo, aunque atribuyéndolas a San Bernardo, en su *Triple Ejercicio*, editado en 1930 por Wilmart (108).

Todas estas dificultades mostrarán ciertamente que la doctrina de la corrección mariana no alcanzó en Arnoldo el grado de evolución a que

(105) Id., 1731 B-C.

(106) CAROL, ob. cit., p. 158.

(107) Véase, por ejemplo: BOVER, *Redempta et Corredemptrix*, Marianum, 2 (1940) p. 39-58. DILLENSCHNEIDER, ob. cit., p. 327-330. GARCÍA GARCÉS, ob. cit., p. 219-225. ROSCHINI, ob. y t. cit., p. 385-389.

(108) *Rev. Asc. Myst.*, 11 (1930) p. 365.

ha llegado hoy día, cosa que nadie pretende demostrar; pero no le quitan el mérito singularísimo de ser el primero que presente a María íntimamente asociada a Jesucristo en el mismo sacrificio del Calvario, ofreciendo juntamente con El el único holocausto de la reconciliación humana.

* * *

Procuremos ahora sintetizar las ideas de los autores estudiados sobre la intervención de la Virgen en el sacrificio del Calvario.

María, que ofreció ya a Jesús en el Templo al Eterno Padre (Gofrido de Vendôme y San Bernardo), como Hostia viva y vivificante en olor de suavidad, padece junto a la Cruz de su Hijo los dolores más acerbos (Eadmero, Ruperto, Honorio, Godofredo de Admont, San Bernardo, Guerrico, Amadeo-de Lausana, Arnoldo, Elredo, Geroch, Hugo y Ricardo de San Víctor); por sus dolores es la Reina de los mártires, ya que el martirio de su alma fué muy superior a los martirios corporales de todos los demás santos (Eadmero, Honorio, San Bernardo, Guerrico, Arnoldo, Ricardo); por estos dolores y por el amor ardentísimo con que los ofrecía consumó en su alma un holocausto al Señor (Ruperto, San Bernardo y todos sus discípulos); obedeciendo, como Jesús, a la voluntad del Padre, ofreció también Ella la muerte de su Hijo por la salvación de los hombres (Godofredo de Admont, Arnoldo, Geroch).

Estas ideas podrán ser el fundamento para ulteriores especulaciones teológicas, tal como irán apareciendo en los siglos siguientes; pero no contienen ellas solas la corredención de María junto a la Cruz del Salvador, ya que nada nos dicen de la eficiencia inmediata de estos dolores en orden a la Redención del mundo.

Tres autores hay que tienen textos especialmente importantes en esta materia, porque ya relacionan los dolores de María en el Calvario, con nuestra regeneración espiritual: Ruperto de Deutz, Geroch de Reichersberg y Arnoldo de Boneval.

RUPERTO nos habla del alumbramiento en el Calvario con acerbos dolores de un «hombre nuevo». Este Hombre nuevo es Jesús, «primogénito de los muertos», «que renueva todo el género humano». Y por esto precisamente, concluye, María es Madre de todos los hombres. Tales expresiones en el lenguaje de altos vuelos místicos del Abad de Deutz, no pueden significar otra cosa, como hemos indicado, que una verdadera generación espiritual de todos los hombres incorporados a Cristo Cabeza en aquel momento solemne del Calvario; y suponen, por tanto, una eficiencia real e inmediata en nuestra regeneración.

GEROCH, más concisamente y quizá todavía de un modo más claro, afirma que María «da a luz a todos los hombres al atravesar su alma la espada de la compasión». De nuevo tenemos aquí una eficiencia inmediata de los dolores de María junto a la Cruz en nuestra regeneración espiritual.

Finalmente, el texto de mayor importancia es el de ARNOLDO. Sin negar que algunas expresiones suyas puedan oscurecer algo la doctrina de la corredención mariana y que en realidad sólo muestran que en el siglo XII no se planteaban el problema con la precisión con que lo hacemos

hoy, este texto presenta con gran claridad a María asociada íntimamente a Jesucristo, ofreciendo, juntamente con El, el único holocausto de la reconciliación del mundo: Podemos, pues, terminar este capítulo colocando estos tres textos entre los que tienen positivo valor en orden a la corredención de María junto a la Cruz de su Hijo:

IV

CONCLUSION

Ha llegado el momento de intentar dar en pocas líneas la síntesis de todo nuestro trabajo y responder a la pregunta que formula el título de nuestra disertación: ¿Cuál es la posición de los escritores eclesiásticos del siglo XII respecto al problema de la Corredención Mariana?

El lector que haya leído pacientemente los diversos textos que hemos aducido en cada uno de los tres capítulos: Antítesis Eva=María, María Corredentora por su libre consentimiento en la Encarnación, María Corredentora en el Calvario y las síntesis parciales en las que hemos intentado recoger el fruto de los textos presentados, ya adivinará que no puede darse una respuesta demasiado simplista.

Es necesario volver a recordar las áureas palabras de Dillenschneider, con que comenzábamos nuestro trabajo: «la doctrina de la Virgen como Corredentora, es una doctrina que ha evolucionado... Los textos más antiguos no tendrán, por consiguiente, la precisión con que formulamos hoy día esta prerrogativa de Nuestra Señora... Rechazar todos los testimonios que no corresponden al último estadio de esta progresión, sería no haber comprendido nada del lento caminar de la evolución dogmática» (109).

Según estos principios fundamentales podemos afirmar: 1.º En el siglo XII no se encontrarán fórmulas que expresen la Corredención Mariana con toda precisión y exactitud, tal como se ha planteado este problema en los últimos treinta años.

Sin embargo, estaría sin duda en un grave error el que de aquí quisiera deducir que nada puede sacarse en favor de la Corredención Mariana de los escritos de este tiempo. Si comparásemos la evolución que en el transcurso de los tiempos va experimentando la creencia en la Corredención Mariana con la evolución del cuerpo humano, creo podríamos colocar este siglo XII en perfecto paralelismo con una de aquellas épocas en que el organismo humano, sin haber llegado todavía a su pleno y total perfeccionamiento, presenta, sin embargo, grandes cambios y experimenta un notable desarrollo.

Porque como hemos visto en las conclusiones parciales en que hemos ido sintetizando los datos analizados en cada capítulo: a) respecto al paralelismo Eva=María, punto de crucial importancia en la Corredención,

(109) Cfr. nota 1.

aparecen en esta época modalidades nuevas que hacen apreciar mejor el aspecto de una cooperación inmediata a la Redención por la intervención de María en nuestra vivificación y regeneración espiritual.

b) Respecto a su cooperación a la obra redentora por la Encarnación, es evidente que los autores de esta época no atribuyen a María una cooperación puramente de orden físico y remoto — María prepara, al dar a Jesús su carne, la Hostia del sacrificio redentor —, sino que ponen un influjo de orden moral mediante el libre consentimiento; el cual rompiendo las distancias del tiempo y del espacio, llega al mismo sacrificio del Calvario, ya que Dios en su providencia quiso hacer depender toda la obra de la Redención del libre consentimiento de María, en el sentido que ya explicamos; y esta insistencia con que hemos visto relacionan nuestros autores el libre consentimiento dado por María en la Encarnación con el sacrificio redentor del Calvario pone uno de los fundamentos más sólidos — repetimos las palabras con que terminábamos el segundo capítulo — para los razonamientos que la Mariología especulativa propondrá en orden a hacer ver cómo el primer momento de la Corredención Mariana hay que colocarlo en la Encarnación: razonamientos que se verán confirmados por los documentos de los últimos Romanos Pontífices.

c) Y, finalmente, en el capítulo cooperación inmediata de María en el mismo sacrificio del Calvario ya hemos indicado la trascendental importancia que tienen los tres textos que hemos estudiado algo más largamente de Ruperto, Geroch, y Arnoldo. Reconociendo que algunas expresiones oscurecen algo la doctrina de la Corredención Mariana, aunque en realidad sólo muestran que no se planteaban dichos autores el problema con la precisión con que lo hacemos hoy; tienen estos textos ciertamente la capital importancia de presentar por primera vez en la historia de la Tradición de un modo amplio y con frases precisas una asociación íntima de María con Jesús en el mismo sacrificio del Calvario.

Con lo expuesto hasta aquí creo queda suficientemente contestada la segunda pregunta que formulábamos en la introducción: ¿A cuál de las diversas teorías sobre la Corredención favorece más la tradición de la Iglesia, manifestada en los escritos marianos de este siglo? Descartada enseguida por insuficiente la teoría de una cooperación sólo mediata — María es Corredentora *únicamente* porque nos dió a Jesús que es nuestra salud —, la explicación que últimamente se ha hecho bastante común en Alemania: María Corredentora por la aceptación de la Redención en nombre de toda la humanidad, la juzgamos también insuficiente para explicar todos los textos con que presentan la cooperación de María a nuestra Redención, los escritores del siglo XII, según creemos haber expuesto suficientemente.

Esto no es lo mismo que afirmar, nótese bien, que en el siglo XII se conociera y defendiera *explícitamente* la corredención en su sentido más estricto tal como lo hacemos hoy. No la defendían *explícitamente*, sencillamente, porque el problema no estaba planteado como la planteamos hoy. Pero por lo menos puede afirmarse con toda certeza: 1.º que una

Corredención en un sentido amplio, sin ulteriores precisiones era admitida por todos los autores del siglo XII y como una verdad indiscutible en la Iglesia. Un texto célebre de San Bernardo, probará indirectamente nuestro aserto. En la célebre carta a los canónigos de Lyon en que trata de disuadirles de la introducción en su Iglesia de una fiesta en honor de la Inmaculada Concepción, como de un falso honor tributado a María, se propone esta dificultad: «Valde honoranda est Mater Dei. Bene admones; sed honor Reginae iudicium diligit. Virgo Regia falso non eget honore». Y a continuación pone los títulos incontrovertidos por los que merece ser honrada, entre los cuales dice: «Magnifica gratiae inventricem, mediatricem salutis, restauratricem saeculorum» (110). Es evidente que estos títulos suponen que una cooperación a la Redención por lo menos en un sentido amplio era creencia universal e incontrovertible.

2.º Que los títulos que expresan esta cooperación a nuestra Redención, eran repetidos continuamente y de mil formas por los autores de este tiempo, nueva señal de que podían ser expuestos sin admiración del pueblo, ya que la mayor parte de los escritos citados son sermones tenidos al pueblo o a los monjes. Recordemos algunos de estos títulos. Eadmero llama a María: «Propiciatorio de todo el mundo» (111), «Reparadora del mundo perdido» (112), «Reconciliadora del género humano» (113). Godofredo de Admont: «Autora y Reparadora de nuestra salud» (114), «la que había sido elegida para cumplir la obra de la Redención humana» (115), «Ayudadora de nuestra Redención» (116), «Causa de nuestra Redención» (117). De San Bernardo son conocidas expresiones como aquellas tan difíciles de traducir sin perder nada de su fuerza: «Inventrix gratiae» (118), «Parentum reparatrix, posterum vivificatrix» (119), «Quae totius mundi reparationem obtinuit» (120).

3.º Que el aspecto que con más fuerza fué puesto de relieve en esta época acerca de la cooperación de María a nuestra salvación, fué ciertamente lo que podemos llamar su Maternidad Soteriológica. Pero esta Maternidad Soteriológica, considerada en su totalidad como lo hacían los autores de esta época es algo que trasciende una cooperación meramente mediata a nuestra salvación, por ser, a la vez, Maternidad divina de Jesús y Maternidad espiritual de todos los hombres. María es Mediadora de salvación en cuanto es Madre, aquella Madre que concibió a Jesús en

(110) *Epistola 174 ad Canonicos lugdunenses*, ML., 182, 333 B.

(111) *Totius mundi propiciatorium*, ed. Thurston-Slater, p. 9; ML., 159, 305 A-B.

(112) *Perditi orbis reparatrix*, *De excell. B. V. Mariae*, c. 9; ML., 159, 573 D.

(113) *Ut... te eius reconciliatricem esse veraciter sentiamus*, *De excell.*, c. 12; ML., 159, 580 B.

(114) *Mulier quam dedisti nobis antricem et reparatricem salutis*, *Hom. 76 Nat. Mariae*, 3; ML., 174, 1010 D.

(115) *Quam ad hoc opus Redemptionis humanae explendum elegerat et assumpserat*, *Hom. 4 Adv.*, ML., 174, 37 C.

(116) *Ut idoneam in tempore oportuno haberet adiutricem*, *Hom. 31, Annunt.*, 5; ML., 174, 770 C.

(117) *Beata Dei Genitrix Maria causa eiusdem redemptionis existit*, *Hom. 69, Assumpt.*, 6; ML., 174, 979 B.

(118) *Serm. 2 Adv.*, n. 4; ML., 183, 43 B.

(119) *Hom. 2 Super Missus est.*, n. 3; ML., 183, 63 A.

(120) *Serm. 4 Assumpt.*, n. 8; ML., 183, 429 A-B, 430 A.

Nazaret, mediante su consentimiento dado con plena conciencia de todas sus consecuencias dolorosas para Jesús y para Ella misma; aquella Madre que no sólo dió a luz sin dolor a Jesús en Belén, sino que otra vez con gran dolor — usando las célebres palabras de Ruperto de Deutz — volvió a darlo a luz en el Calvario (121); aquella Madre que precisamente por ser Madre de Cristo, es Madre de todos los cristianos, pues a todos los elegidos, como dice Guiberto Abad (122), los incorporó a Cristo en su castísimo seno virginal; aquella Madre a quien de tal manera le debemos nuestra salvación, que según expresión de Admont: «Nunca se hubieran realizado estas cosas [es decir, la Redención de los hombres], sino mediante Ella; y a no ser que hubiese sido hecha mediadora entre Dios y los hombres, si no hubiese engendrado para este mundo a Nuestro Señor Jesucristo por quien hemos sido salvados y libertados, ningún mortal hubiera llegado o llegaría jamás a esta gloria de la felicidad eterna» (123).

- (121) ML., 189, 790 B.
 (122) ML., 150, 544 D.
 (123) ML., 174, 1022 A.

LA CORREDENCIÓN EN CATARINO Y EN LOS TEOLOGOS DE TRENTO

Por el R. P. Pedro de Alcántara Martínez, O. F. M.

Es la figura de este autor de sobra conocida para todos aquellos que de alguna manera se hallan versados en la historia de los tratados teológicos correspondientes a la doctrina inmaculista, el pecado original, los sacramentos, y en la del Concilio Tridentino. Por su independencia de juicio, personalísimo, por su audacia, resalta como figura simpática en el marco de la historia de la teología, en la cual dejó honda huella, especialmente en lo que concierne a las teorías sobre la esencia y transmisión del pecado de origen.

Era, pues, interesante, hacer una investigación minuciosa sobre su pensamiento acerca de la corredención mariana. Por necesidad ha de llevarse a cabo sabiendo anticipadamente que ha de versar sobre un mosaico de fragmentos. Catarino nunca se ocupó en sus obras a propósito del tema; sólo le dirigió la atención, cuando buenamente le salía al paso, para ilustrar algunas de sus doctrinas, especialmente la inmaculada concepción, por la que tanto luchó en vida, incluso contra los mismos miembros de su Orden.

Bien conocidas son las dificultades que encierra este género de investigación y cómo muchas veces, por el deseo de sistematizar los fragmentos, se llega a construir un mosaico a base de rellenar huecos mediante suposiciones e interpretaciones que terminan por desfigurar el pensamiento genuino que intentamos exponer. No obstante, la tarea es necesaria si es que deseamos estructurar un argumento de tradición en pro de la verdad que nos ocupa.

La teología de la corredención cuenta, dejadas a un lado las épocas patrística y escolástica, con dos hitos señeros: Juan de Segovia y Carlos del Moral, siglo XV y siglo XVIII. Más y mejor no se ha dicho aún, a excepción de aquellas inevitables precisiones conceptuales que contribuyen tanto a esclarecer la verdad, demarcar sus límites y hacer progresar en su conocimiento. Se impone, sin embargo, el ir registrando los testimonios de la tradición teológica con sentido crítico exacto, cual terminamos de decir. Y el de nuestro teólogo es muy estimable, no solamente por el indudable relieve de su personalidad, sino por el influjo